

- . *Immaterialismo*. Traducción de Héctor Hevia. Santiago de Chile: Editorial Roneo, 2024.
- . *Object-Oriented Ontology: A New Theory of Everything*. London: Penguin UK, 2017.
- Hekman, Susan J. “Constructing the Ballast: An Ontology for Feminism.” In *Material Feminisms*, edited by Stacy Alaimo and Susan J. Hekman, 85–119. Bloomington: Indiana University Press, 2008.
- Johnson, Philip, and Mark Wigley, eds. *Deconstructivist Architecture*. New York: The Museum of Modern Art, 1988.
- Kant, Immanuel. *Critique of Pure Reason*. Translated by J. M. D. Meiklejohn. London: Henry G. Bohn, 1855.
- . *Crítica de la razón pura*. Traducción de Manuel García Morente. Madrid: Tecnos, 2002.
- Kaufmann, Emil. *De Ledoux a Le Corbusier: origen y desarrollo de la arquitectura autónoma*. Traducción de Reinald Bernet. Barcelona: Gustavo Gili, 1982.
- Mouffe, Chantal. *Agonistics: Thinking the World Politically*. London and New York: Verso, 2013.
- . *Agonística: Pensar el mundo políticamente*. Traducción de Soledad Laclau. Fondo de Cultura Económica, 2014.
- Preciado, Paul. *Pornotopia: An Essay on Playboy’s Architecture and Biopolitics*. Princeton: Princeton University Press, 2014.
- Rancière, Jacques. *Aesthetics and Its Discontents*. Translated by Steven Corcoran. Cambridge: Polity, 2009.
- . *El malestar en la estética*. Madrid: Clave Intelectual, 2012.
- . *The Politics of Aesthetics*. London: Continuum, 2004.
- . *El reparto de lo sensible: Estética y política*. Traducción de Mónica Padró. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014.
- . “The Method of Equality: Politics and Poetics.” In *Recognition or Disagreement: A Critical Encounter on the Politics of Freedom, Equality, and Identity*, edited by Katia Genel and Jean-Philippe Deranty, 133–55. New York, NY: Columbia University Press, 2016.
- Raud, Rein. *Being in Flux: A Post-Anthropocentric Ontology of the Self*. Cambridge: Polity Press, 2021.
- Rendell, Jane, Barbara Penner, and Iain Borden. *Gender Space Architecture: An Interdisciplinary Introduction*. London and New York: Routledge, 2000.
- Soriano, Federico. *Encoger*©. Madrid: Fisuras, 2020.
- Spuybroek, Lars. “Charis and Radiance: The Ontological Dimensions of Beauty.” In *Giving and Taking: Antidotes to a Culture of Greed*, edited by J. Brouwer and S. van Tuinen, 119–49. Rotterdam: V2_Publishing, 2014.
- Tafuri, Manfredo. *Architecture and Utopia: Design and Capitalist Development*. Translated by Barbara Luigia La Penta. Cambridge, MA: MIT Press, 1976.
- Tschumi, Bernard. *Architecture and Disjunction*. Cambridge, MA: MIT Press, 1996.

La urdimbre de la morada.
La pérdida del habitar como
violencia ontológica.

The warp of dwelling. The
loss of dwelling as ontological
violence.

Julián Ramírez Rentero

Resumen

La vivienda, tradicionalmente, se ha considerado en la disciplina arquitectónica como un objeto técnico, un producto económico o una mera estructura funcional de alojamiento. Sin embargo, una revisión crítica de la historia del pensamiento —desde la fenomenología existencial hasta la teoría social contemporánea— revela que la morada constituye mucho más que un artefacto construido: es condición originaria del habitar y fundamento ontológico de la existencia humana. En este marco, la pregunta que guía el artículo es cómo pensar la pérdida de la morada cuando no se reduce a carencia material, sino a quiebra del vínculo entre el ser y su mundo.

Se sostiene que la pérdida de la morada no puede entenderse únicamente como un problema material, urbanístico o jurídico, sino como una violencia que interrumpe la posibilidad misma de ser-en-el-mundo. La desposesión habitacional, cuando se produce a través de cuatro escenarios paradigmáticos—exilio, guerra, desahucio y catástrofes naturales—, implica la mutilación de la urdimbre existencial sobre la cual se organiza la subjetividad individual y colectiva.

Frente a ello, se plantea una ética y una política del proyecto que reubiquen el habitar en el centro de la praxis arquitectónica: vivienda como bien común, justicia espacial y cuidado como criterio de diseño. Examinamos prácticas de cooperativismo, rehabilitación participativa y reconstrucción con memoria, así como estrategias de resiliencia territorial, para defender que el habitar es una praxis de recomposición del mundo y que la arquitectura, cuando asume esta responsabilidad, deviene instrumento de dignidad y reparación.

En definitiva, se establece un marco conceptual: la pérdida de la morada como violencia ontológica y política, productora de fractura existencial y discontinuidad narrativa, cuya exploración se desarrolla mediante un recorrido teórico-crítico y analítico sobre el habitar, el desarraigo y la posibilidad de rehacer la urdimbre de la existencia, esto es, la urdimbre de la morada.

Palabras clave: *habitar, morada, desposesión, arraigo, desahucio, exilio, guerra.*

Julián Ramírez Rentero
Arquitecto
julian@moproo.org

Este artículo parte de una hipótesis central: la pérdida de la morada no constituye únicamente un fenómeno social o económico, sino una forma específica de violencia ontológica y política que fractura el modo de ser-en-el-mundo de los sujetos.¹ A partir de cuatro escenarios paradigmáticos —exilio, guerra, desahucio y catástrofes naturales—, se propone una lectura integral de la desposesión habitacional como experiencia de ruptura del mundo común, de discontinuidad narrativa y de erosión del arraigo.²

El objetivo es mostrar que el desarraigo habitacional no se agota en el daño material ni en la vulneración de un derecho social, sino que afecta al marco de significación que sostiene identidad, memoria y comunidad.³

Para ello, el texto se apoya en dos grandes ejes teóricos. Por un lado, la filosofía del habitar y la fenomenología de la intimidad, que conciben la vivienda como archivo afectivo, matriz de memoria y condición originaria del ser-en-el-mundo.⁴ Por otro lado, la crítica espacial que entiende el lugar como producto social y, por tanto, como campo de conflicto, atravesado por relaciones de poder y lógicas de acumulación.⁵ Bajo regímenes de financiarización, gentrificación y gestión neoliberal del territorio, la vivienda se transforma en mercancía, subordinando el derecho a habitar a lógicas de beneficio y excluyendo de facto a quienes no pueden sostener las condiciones materiales de permanencia.⁶ En este cruce entre ontología del habitar y crítica del espacio se sitúa la aportación del artículo: pensar la pérdida de la morada como violencia ontológica y política, y no sólo como consecuencia colateral de crisis económicas, bélicas o ambientales.⁷

La reflexión sobre la vivienda y su pérdida exige, en este contexto, un marco conceptual capaz de articular dimensiones ontológicas, fenomenológicas, políticas y críticas. Este proemio presenta las referencias teóricas que estructuran la argumentación: la ontología del habitar en Martin Heidegger, la fenomenología de la intimidad en Gaston Bachelard, la crítica de la producción social del espacio en Henri Lefebvre y los aportes ético-políticos de Hannah Arendt, Judith Butler y Simone Weil.⁸ Se trata de un conjunto de aproximaciones heterogéneas, aun convergentes en un punto decisivo: la morada no puede reducirse a artefacto arquitectónico ni a simple bien de consumo, sino que constituye una condición estructurante de la subjetividad y de la ciudadanía.⁹

Construir, habitar, pensar.

En su conferencia *Bauen, Wohnen, Denken* (1951), Martin Heidegger redefine el habitar más allá de su acepción corriente como mera residencia física. El habitar (*Wohnen*) no significa únicamente ocupar un lugar, sino constituirse como ser-en-el-mundo; es la forma originaria

de la existencia, el modo en que se articula la cuadratura (*Geviert*) de lo divino y lo mortal, lo celeste y lo terrenal (en sus términos), y lo sublime y lo cotidiano (en los nuestros).¹⁰ Habitar implica cuidado (*Sorge*), pertenencia y orientación.¹¹ La casa, en esta perspectiva, no es un objeto entre otros, sino la concreción física de ese modo de ser. La pérdida de la morada no es, por tanto, un simple inconveniente material, sino una alienación esencial: el sujeto pierde el suelo ontológico que sostiene su estar-en-el-mundo, aquello que hace posible una vida situada y reconocible.¹²

Gaston Bachelard, en *La poétique de l'espace* (1957), profundiza en la dimensión afectiva y simbólica de la casa, concebida como "primer cosmos" del individuo, lugar donde la subjetividad se arraiga y desde el cual se proyecta al mundo.¹³ Cada habitación, cada rincón, funciona como condensador de recuerdos, sueños y temores. La vivienda aparece como archivo existencial y laboratorio de la imaginación. Desde este enfoque, el desarraigo habitacional no se limita a la pérdida de un refugio físico, sino que supone la interrupción de una continuidad narrativa: los hilos que ligaban pasado, presente y futuro se cortan, y la subjetividad queda en suspenso, obligada a recomponer su relato en un espacio que ya no le pertenece o que debe ser reconstruido desde cero.¹⁴

Producción social del espacio y desposesión.

Sobre este trasfondo fenomenológico, Henri Lefebvre introduce una dimensión crítica y política que complementa y tensiona estos análisis al insistir en que el espacio no es sólo vivido, sino producido bajo relaciones de poder. En *La production de l'espace* (1974) y *Le droit à la ville* (1968), sostiene que el espacio es el resultado de prácticas sociales, económicas y políticas, y no un contenedor neutro donde la vida simplemente tiene lugar.¹⁵ El habitar se define así como apropiación y producción social del espacio. La

1. Martin Heidegger, "Building Dwelling Thinking," in *Poetry, Language, Thought*, trans. Albert Hofstadter (New York: Harper & Row, 1971), 141–59.
2. Hannah Arendt, *The Human Condition* (Chicago: University of Chicago Press, 1958); Simone Weil, *L'Enracinement* (Paris: Gallimard, 1949).
3. Gaston Bachelard, *The Poetics of Space*, trans. Maria Jolas (Boston: Beacon Press, 1994 [1957]).
4. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59; Bachelard, *Poetics of Space*.
5. Henri Lefebvre, *The Production of Space*, trans. Donald Nicholson-Smith (Oxford: Blackwell, 1991 [1974]).
6. Manuel B. Aalbers, ed., *The Financialization of Housing: A Political Economy Approach* (London: Routledge, 2016); Neil Smith, *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City* (London: Routledge, 1996).
7. Lefebvre, *Production of Space*; Arendt, *The Human Condition*.
8. Heidegger, "Building Dwelling Thinking"; Bachelard, *Poetics of Space*; Lefebvre, *Production of Space*; Arendt, *The Human Condition*; Judith Butler, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (London: Verso, 2004); Judith Butler, *Frames of War: When Is Life Grievable?* (London: Verso, 2009); Weil, *L'Enracinement*.
9. Arendt, *The Human Condition*; Lefebvre, *Production of Space*.
10. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59.
11. Heidegger, *Being and Time*, p.41–44 (sobre *Sorge*).
12. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59.
13. Bachelard, *Poetics of Space*, esp. 3–37.
14. Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. 1, trans. Kathleen McLaughlin and David Pellauer (Chicago: University of Chicago Press, 1984).
15. Lefebvre, *Production of Space*; Henri Lefebvre, "The Right to the City," in *Writings on Cities*, ed. and trans. Eleonore Kofman and Elizabeth Lebas (Oxford: Blackwell, 1996), 63–181.

vivienda es, simultáneamente, soporte de vida y objeto de disputa. La desposesión habitacional pone en evidencia la tensión entre el espacio como condición de existencia y el espacio como mercancía: la financiarización neoliberal convierte la morada en activo financiero, desplazando su dimensión ontológica y comunitaria y resignificándola como instrumento de valorización de capital.¹⁶ Bajo estas condiciones, el desahucio, la gentrificación o el desplazamiento urbano no son accidentes, sino manifestaciones estructurales de una lógica que subordina el derecho a habitar al imperativo de acumulación.¹⁷

Mundo común, precariedad y arraigo.

Hannah Arendt, en *The Human Condition* (1958), vincula la idea de mundo con la posibilidad de aparecer ante otros, de ser visto y reconocido en un espacio común. Tener un lugar en el mundo no sólo remite a la posesión de una vivienda, sino a la inscripción en un entramado de relaciones, instituciones y objetos compartidos que hacen posible la acción y la palabra.¹⁸ La pérdida de la morada implica, en esta clave, una pérdida de mundo: el refugiado, el exiliado o el desahuciado encarnan la figura de quienes han sido expulsados del espacio donde su vida podía hacerse visible, quedando próximos a esa condición de "superfluidad" que Arendt diagnostica en los regímenes de exclusión moderna, donde los seres humanos quedan privados del "derecho a tener derechos", expulsados del marco de reconocimiento político.¹⁹

Judith Butler amplía esta reflexión al subrayar que la vida humana es constitutivamente precaria y depende de marcos sociales y materiales de apoyo. En *Precarious Life* (2004) y *Frames of War* (2009), sostiene que las condiciones de habitabilidad delimitan qué vidas se consideran vivibles y llorables.²⁰ La pérdida de la morada puede leerse entonces como ruptura de estos marcos de apoyo: cuando una casa se destruye o se pierde, desaparece el entorno que hacía posible una biografía habitable, una forma de vida que contaba como vida en sentido pleno.²¹

Por su parte, Simone Weil, en *L'Enracinement* (1949), introduce la noción de arraigo como necesidad fundamental del alma humana: ser arraigado significa estar ligado a un lugar, una historia y una comunidad, de modo que la existencia no quede suspendida en un vacío de sentido.²² El desarraigo —por exilio, colonización o desposesión— se presenta como una de las formas más devastadoras de violencia, precisamente porque priva al ser humano de la posibilidad de pertenecer.²³ El arraigo permite, por tanto, pensar el habitar como necesidad existencial irrenunciable, y no sólo como derecho social o condición económica.²⁴

Byung-Chul Han ha mostrado, por su parte, cómo

los regímenes contemporáneos de aceleración y deslocalización producen un tiempo sin permanencia, en el que la experiencia de la duración se erosiona y la vida queda atrapada en una sucesión de presentes inconexos. Esta temporalidad destituida proporciona un trasfondo decisivo para pensar el desarraigo habitacional: cuando no es posible sostener una morada ni un ritmo estable de vida, la pérdida de casa y de mundo se entrelazan, haciendo del habitar una práctica permanentemente amenazada por la intemperie.

Desde esta urdimbre teórica —ontología y fenomenología del habitar, crítica del espacio como producción social, reflexión sobre el mundo común y la precariedad, y concepto de arraigo—, la pérdida de la morada aparece como un fenómeno que mutila a la vez subjetividad y ciudadanía.²⁵ Esta será la tesis que este escrito desarrolla empírica y conceptualmente al analizar los cuatro escenarios de desposesión habitacional, mostrando cómo en cada uno de ellos la ruptura del habitar comporta, en distintos grados, una ruptura de mundo.²⁶

La pérdida de la morada.

La desposesión habitacional se manifiesta bajo diferentes formas, tanto pretéritas como contemporáneas. Aunque las modalidades son diversas, todas comparten un núcleo común: la interrupción violenta del habitar y la consiguiente mutilación del ser-en-el-mundo.²⁷ Estas líneas desarrollan cuatro escenarios paradigmáticos de pérdida de la morada —exilio, guerra, desahucio y catástrofes naturales—, mostrando cómo cada uno de ellos opera como fractura ontológica y política.²⁸

Exilio.

El exilio —en sus formas históricas de destierro, expulsión o proscripción— ha operado, desde el mundo clásico, como un mecanismo de desposesión que excede la pérdida de una vivienda particular y afecta a la pertenencia política.²⁹ En el entorno aristotélico, donde la ciudadanía se define por la participación en el juicio y en el gobierno, la salida forzada de la *polis* supone la interrupción de la condición cívica en sentido radical: no supone meramente un

16. Aalbers, *Financialization of Housing*.
17. Smith, *New Urban Frontier*; Lefebvre, "Right to the City."
18. Arendt, *The Human Condition*, esp. 22–78.
19. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (New York: Harcourt, 1951), esp. 290–302 (sobre la privación del "derecho a tener derechos").
20. Butler, *Precarious Life*; Butler, *Frames of War*.
21. Butler, *Frames of War*, esp. 1–32.
22. Weil, *L'Enracinement*.
23. Weil, *L'Enracinement*, esp. 41–64.
24. Weil, *L'Enracinement*.
25. Arendt, *The Human Condition*; Lefebvre, *Production of Space*.
26. Heidegger, "Building Dwelling Thinking"; Butler, *Frames of War*.
27. Heidegger, *Being and Time*, esp. 12–13.
28. Arendt, *The Human Condition*.
29. Sara Forsdyke, *Exile, Ostracism, and Democracy: The Politics of Expulsion in Ancient Greece* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005).

desplazamiento espacial, sino la privación práctica del estatuto de miembro pleno de la comunidad política.³⁰ En Atenas, el ostracismo constituye un antecedente institucional de esa lógica: una técnica de expulsión temporal que, aun diferenciándose de la pena de nuestros tiempos, muestra cómo la exclusión territorial puede funcionar como herramienta de estabilización del orden político y de gestión del conflicto cívico.³¹

En Roma, la experiencia del exilio se codifica como una forma de muerte civil y de desposesión patrimonial. La proscripción de Cicerón (58–57 a. C.) se acompaña de la confiscación y demolición de su casa en el Palatino, episodio que el propio Cicerón convierte en argumento jurídico-religioso y en alegato político en *De domo sua*.³² La casa aparece allí no tanto como propiedad sino como insignia material del lugar del ciudadano en la *res publica*; su destrucción, por tanto, adquiere valor de símbolo: no sólo se pierde el techo, sino la escena social desde la cual se comparece y se es reconocido.³³ Un registro poético-moral afín aparece en Dante, cuando en *Paradiso XVII* el destierro se formula como dependencia estructural: “*lo pane altrui*” y “*l'altrui scale*” nombran la vida bajo hospitalidad ajena, en la que el sostén cotidiano queda mediado por terceros.³⁴

En términos contemporáneos, el exilio puede definirse como una condición de ruptura de marcos de inteligibilidad y de reproducción social: lengua, códigos simbólicos, redes comunitarias y repertorios de práctica se ven interrumpidos o reconfigurados. Edward Said insiste en que el exilio no es reductible a un hecho geográfico, sino que describe una condición existencial marcada por la discontinuidad, una subjetividad que se ve compelida a reconstruir la vida sobre un fondo de pérdida, sin reintegración plena ni al origen ni al destino.³⁵ El exiliado habita un entremedio permanente: la patria se convierte en objeto de nostalgia y reconstrucción imaginaria, mientras que el nuevo entorno se presenta tanto como promesa de integración como espacio de extrañeza y desajuste. En paralelo, la teoría de las diásporas ha mostrado que el desplazamiento prolongado tiende a organizarse mediante instituciones, narrativas y economías de la memoria (mitos de retorno, repertorios de pertenencia, comunidades a distancia), que no eliminan la fractura, pero la vuelven socialmente habitable.³⁶

La historia ofrece ejemplos en los que la pérdida forzada de la morada por exilio no constituye únicamente una suma de trayectorias individuales, sino un principio de organización de identidades colectivas: una forma de vida transnacional en la que la pérdida territorial se traduce en instituciones, narrativas de pertenencia y economías de la memoria.³⁷ En esta línea, William Safran describe la diáspora como configuración sostenida por mitos de retorno y por la conservación de una identidad no plenamente asimilada en los lugares de asentamiento.³⁸ Robin Cohen propone tipologías que distinguen entre diásporas “víctima”,

“laboral” o “imperial”, mostrando que la forma diaspórica no es homogénea;³⁹ y los Boyarin problematizan la relación entre identidad y suelo, sugiriendo que la no-coincidencia territorial puede volverse constitutiva de ciertos modos de pertenencia.⁴⁰

Bajo este prisma, la experiencia judía pos-70 d. C. ha sido leída —con matices y debates internos— como un paradigma de continuidad diaspórica donde la textualidad, el ritual y la comunidad operan como herramientas de permanencia bajo dispersión, reconfigurando el vínculo con el territorio en clave de memoria y promesa.⁴¹ En el caso armenio, la deportación masiva y la violencia genocida en 1915–1917 generan una diáspora en la que la transmisión intergeneracional de la pérdida se institucionaliza en redes asociativas y en una infraestructura cultural transnacional, haciendo de la memoria del territorio perdido un recurso de cohesión y de reclamación.⁴² Para el exilio republicano español de 1939, la literatura histórica ha descrito un desplazamiento de gran escala cuya especificidad reside en la densa producción cultural y política en el exterior, y en la ambivalencia entre integración y persistencia de un horizonte de retorno, configurando una “cultura del exilio” atravesada por temporalidades suspendidas.⁴³ Sin reducir la heterogeneidad de estos procesos, lo relevante para una filosofía de la morada es que, en el exilio prolongado, la vivienda deja de ser un simple bien a reponer: el “hogar” se redistribuye entre lugares, archivos y prácticas, y la morada se vuelve una forma inestable de mediación entre memoria, reconocimiento y supervivencia.⁴⁴

Desde una perspectiva fenomenológica y desde los estudios contemporáneos sobre el hogar en migración forzada, el exilio revela que la pérdida de la morada no es sólo en el espacio, sino también en el tiempo. La literatura ha señalado que el hogar (*home*) puede quedar anclado en el pasado como un lugar inaccesible, mientras el presente se experimenta como suspensión o espera —incluso cuando se obtiene cierta estabilidad legal—, debido a la

30. Aristotle, *Politics*, bk. 3, chap. 1 (1275a22–23), trans. C. D. C. Reeve (Indianapolis: Hackett, 1998).

31. Forsdyke, *Exile, Ostracism, and Democracy*.

32. Cicero, *De domo sua*, in *Cicero: Political Speeches*, trans. D. H. Berry (Oxford: Oxford University Press, 2006), esp. §§100–116.

33. Shelley Hales, “At Home with Cicero,” *Greece & Rome* 47, no. 1 (2000): 44–55.

34. Dante Alighieri, *The Divine Comedy*, Vol. 3: *Paradiso*, trans. Allen Mandelbaum (New York: Bantam, 1984), XVII.58–60.

35. Edward W. Said, “Reflections on Exile,” in *Reflections on Exile and Other Essays* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000), 173–86.

36. Khachig Tölölyan, “The Nation-State and Its Others: In Lieu of a Preface,” *Diaspora* 1, no. 1 (1991): 3–7.

37. Robin Cohen, *Global Diasporas: An Introduction*, 2nd ed. (London: Routledge, 2008).

38. William Safran, “Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return,” *Diaspora* 1, no. 1 (1991): 83–99.

39. Cohen, *Global Diasporas*.

40. Daniel Boyarin and Jonathan Boyarin, “Diaspora: Generation and the Ground of Jewish Identity,” *Critical Inquiry* 19, no. 4 (1993): 693–725.

41. Boyarin and Boyarin, “Diaspora.”

42. Ronald Grigor Suny, “They Can Live in the Desert but Nowhere Else”, *A History of the Armenian Genocide* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2015).

43. Mónica Jato, *El éxodo español de 1939: Una topología cultural del exilio* (Leiden: Brill, 2019).

44. Paolo Boccaagni, *Migration and the Search for Home* (London: Palgrave Macmillan, 2017).

FIG 01. Stephen Caserta, “Empty Room”, fotografía, 23 de mayo de 2017, vía Wikimedia Commons (procedente de Unsplash; publicada antes del 5 de junio de 2017 bajo CC0 1.0), consultado el 2 de enero de 2026 / Stephen Caserta, “Empty Room”, photograph, 23 May 2017, via Wikimedia Commons (from Unsplash; published prior to 5 June 2017 under CC0 1.0), accessed 2 January 2026.



persistencia de la ruptura biográfica y de la discontinuidad de reconocimiento.⁴⁵ En este sentido, el hogar no opera únicamente como localización física, sino como ensamblaje de prácticas, afectos, derechos y familiaridades: un régimen de vida que puede ser parcialmente reconstruido mediante el *homemaking*, pero rara vez sin fricciones.⁴⁶ El hogar se transforma en un paisaje emocional ambivalente, hecho de amor y añoranza, a la vez que de dolor, miedo y decepción.⁴⁷

Esta fenomenología del exilio puede leerse como una intensificación de la violencia ontológica asociada a la pérdida de la morada. Si, con Heidegger, el habitar se describe como una modalidad originaria de estar-en-el-mundo, la expulsión forzada desarticula el vínculo entre sujeto, espacio y comunidad, imponiendo una recomposición bajo condiciones no elegidas y, con frecuencia, bajo déficit de reconocimiento jurídico-político.⁴⁸ De ahí que el exilio no deba tratarse sólo como asunto de fronteras o ciudadanía, sino como transformación profunda del habitar: la casa deviene memoria, la vida cotidiana se reorganiza bajo provisionalidad y la promesa de arraigo queda expuesta a la persistencia de la expulsión originaria.⁴⁹

Conflicto bélico.

La guerra constituye, por su lado, la forma más devastadora de destrucción y pérdida de la morada. La violencia bélica no se limita a la aniquilación física de edificios: desmantela mundos vividos, rompe tramas de significado y arrasa infraestructuras de memoria y de prácticas cotidianas.⁵⁰ Al golpear la vivienda como soporte de la existencia social, la violencia bélica convierte barrios en escombros y ciudades

en paisajes de ruina donde la continuidad biográfica se vuelve, en la práctica, inviable.⁵¹

Heidegger afirmaba que la casa es el ámbito originario del habitar, el lugar donde el ser humano se arraiga en el mundo y desde el cual se despliega el ser-en-el-mundo.⁵² Cuando la guerra destruye la vivienda, no elimina únicamente un objeto arquitectónico, sino la posibilidad misma de ese arraigo. La fenomenología del habitar se torna fenomenología de los escombros. El suelo firme del hogar deviene espacio inhóspito, atravesado por el miedo, la pérdida y la interrupción radical de lo familiar. La ruina no es únicamente un estado material del edificio, es, sobre todo, una experiencia existencial de desfundamentación del mundo vivido.⁵³

Demasiados casos ilustran la devastación de la pérdida de la morada y, con ello, la destrucción de una cultura urbana por conflicto bélico. Algunos ejemplos históricos permiten precisar esta dimensión:

Varsovia (1944): durante la insurrección de agosto y la represión posterior, más del 85% del centro histórico es

45. Liisa H. Malkki, “Refugees and Exile: From ‘Refugee Studies’ to the National Order of Things,” *Annual Review of Anthropology* 24 (1995): 495–523.

46. Cathrine Brun, “Home in Limbo? A Conceptual Framework,” *Refuge* 31, no. 1 (2015): 19–28.

47. Boccaagni, *Migration and the Search for Home*.

48. Heidegger, *Being and Time*, pp. 12–13; Arendt, *Origins of Totalitarianism*.

49. Said, “Reflections on Exile.”

50. Sara Fregonese, “The Urbicide of Beirut?,” *Political Geography* 28, no. 5 (2009): 309–18.

51. Eyal Weizman, *Hollow Land: Israel’s Architecture of Occupation* (London: Verso, 2007), para el vínculo entre violencia y producción espacial (uso comparativo).

52. Heidegger, “Building Dwelling Thinking.”

53. Bachelard, *Poetics of Space* (como contraste: casa/ruina); Heidegger, *Being and Time*.

destruido, y la reconstrucción de posguerra se concibe como una campaña intensiva de recomposición material y simbólica.⁵⁴ La pérdida masiva de viviendas no puede verse aquí únicamente como un menoscabo marginal dentro de la táctica militar, sino como una estrategia deliberada de devastación urbana con efectos sobre memoria, instituciones y condiciones de reproducción de la vida cotidiana.

Beirut (1975–1990): los combates, los bombardeos y la fragmentación territorial reconfiguran la ciudad en un mosaico de zonas devastadas, líneas de frente y enclaves segregados; la “Green Line” operó como dispositivo espacial de separación y como morfología persistente del conflicto en el tejido urbano.⁵⁵ La destrucción residencial y la partición espacial producen desplazamientos internos significativos y transformaciones duraderas de las ecologías sociales de barrio, con sedimentación de ruinas y memorias traumáticas.

Alepo, Siria (2012–2016): evaluaciones patrimoniales han documentado daños severos y destrucción extensa del casco histórico, incluyendo viviendas, equipamientos y elementos del tejido urbano cotidiano.⁵⁶ La pérdida de este entramado residencial no se limita a un impacto patrimonial, sino que implica la desarticulación de redes comerciales, vecinales y familiares, y precipita el desplazamiento de amplias capas de la población.

Desde una perspectiva ontológica, la pérdida de la morada por violencia bélica se aproxima a la experiencia del exilio forzoso. El sujeto no solamente se ve privado de techo: se ve arrancado del lugar donde hasta el momento había tejido vínculos, narrativas y expectativas. Las ruinas son también ruinas de tiempo, interrumpen la continuidad de la historia compartida y obligan a recomenzar la vida sobre un fondo de duelo y desposesión. La reconstrucción material puede ser relativamente rápida en ciertos casos — como muestra la campaña intensiva de reconstrucción del centro histórico de Varsovia—, pero la reconstrucción del habitar —esto es, del arraigo, la confianza y la familiaridad— requiere escalas generacionales.⁵⁴

Pensar la destrucción bélica de la vivienda desde la filosofía del habitar permite desplazar la atención desde la mera pérdida patrimonial hacia la dislocación profunda de la existencia cotidiana. La casa bombardeada no es sólo un daño colateral, sino la destrucción de condiciones de posibilidad de la vida ordinaria: cocinar, dormir, educar, cuidar, celebrar, llorar.⁵⁷ Allí donde la morada desaparece, la comunidad se ve obligada a vivir en tránsito permanente, en campamentos, refugios o alojamientos temporales que, por definición, dificultan la sedimentación de un mundo propio.⁵⁸ En última instancia, la guerra contra la vivienda es una guerra contra el habitar mismo, contra la posibilidad de ser-en-el-mundo de un modo estable, reconocible y digno.⁵⁹

Desahucio.

Si la guerra destruye de manera abrupta, el desahucio opera como una forma de violencia programada, contractual y burocrático-financiera, administrada por notificaciones, plazos y resoluciones. Es una violencia que no se ejerce únicamente sobre lo material, sino sobre los vínculos, las biografías y los horizontes de futuro. En las sociedades contemporáneas, marcadas por la financiarización de la economía, la vivienda tiende a desplazarse de su función primordial —lugar de arraigo— hacia su condición de activo: garantía de deuda, instrumento de inversión y soporte privilegiado de extracción de renta.⁶⁰

En el contexto español, la crisis hipotecaria desencadenada tras el estallido de la llamada burbuja inmobiliaria en torno a 2008 visibiliza con crudeza esta mutación estructural. Se suceden cientos de miles de procedimientos de ejecución hipotecaria y lanzamientos, con un impacto masivo sobre hogares y comunidades, tal como recogen las series estadísticas del poder judicial.⁶¹ La pérdida de la vivienda no se limita en esos casos a un daño patrimonial, sino que se asocia a efectos psicosociales significativos —estrés sostenido, deterioro de la cohesión familiar, síntomas depresivos— y ha alimentado un debate público y académico sobre la relación entre desahucio y sufrimiento extremo.⁶²

En este marco, el desahucio encarna de manera paradigmática lo que Henri Lefebvre diagnostica como subordinación del derecho a la ciudad y al habitar a la lógica del capital.⁶³ La ciudad deja de entenderse como un espacio vivido para funcionar como soporte de valorización financiera; el espacio urbano, producido y cuidado por generaciones de habitantes, es reapropiado por actores económicos y sometido a dinámicas de gentrificación, turistificación y extracción de renta.⁶⁴ Barrios enteros, bajo esta presión, se transforman en enclaves de consumo o plataformas de inversión, expulsando residentes históricos y desarticulando redes de vecindad y solidaridad. El espacio, que otrora fuera lugar de memoria y de pertenencia, se vuelve ahora mercancía indiferente e

54. UNESCO World Heritage Centre, “Historic Centre of Warsaw,” *World Heritage List* (descripción y alcance de destrucción/reconstrucción).

55. Ove Møystad, “Morphogenesis of the Beirut Green-Line,” *Cahiers de géographie du Québec* 42, no. 117 (1998): 421–35.

56. UNESCO/UNITAR-UNOSAT, *Evaluaciones de daños sobre la Ancient City of Aleppo* (materiales y reportes de evaluación patrimonial).

57. Arendt, *The Human Condition* (mundo común y condiciones de acción).

58. UNHCR, *Global Trends* (varios años) para la vida en refugio/campos como condición prolongada (referencia contextual).

59. Butler, *Frames of War*.

60. Aalbers, *Financialization of Housing*.

61. Consejo General del Poder Judicial (España), *Series estadísticas sobre ejecuciones hipotecarias y lanzamientos* (consultas por anualidades).

62. Margarita Gili et al., “The Mental Health Risks of Economic Crisis in Spain,” *European Journal of Public Health* 23, no. 1 (2013): 103–08.

63. Lefebvre, “Right to the City.”

64. Smith, *New Urban Frontier*.

intercambiable, disponible para quienes puedan asumir el diferencial de renta que impone el mercado global.⁶⁵

Ontológicamente, el desahucio puede leerse como una forma de exilio interior en tanto que supone la ruptura violenta del vínculo entre sujeto y mundo. No se expulsa únicamente a una familia de un inmueble; se desfigura el escenario en el que esa vida había tejido su identidad, sus hábitos, sus recuerdos y sus expectativas. La casa, como sugieren las lecturas fenomenológicas de Heidegger y Bachelard, no es sólo un contenedor físico, sino una matriz simbólica en la que se sedimentan la intimidad, la memoria y el reconocimiento recíproco que sostiene lo social.⁶⁶ Arrancar al sujeto de ese espacio implica deshilar la urdimbre de su cotidianidad, situándolo en una condición de precariedad permanente donde el tiempo se vuelve incierto y el futuro, contingente.⁶⁷

Así, el desahucio no es un mero procedimiento técnico de ejecución de garantías, sino un acontecimiento que condensa la violencia estructural de un modelo urbano-financiero que prioriza la rentabilidad sobre el habitar. Es, a la vez, síntoma y dispositivo: síntoma de una razón instrumental que convierte la vivienda en variable de cálculo económico, y dispositivo que disciplina a los cuerpos endeudados, recordándoles que su derecho a permanecer está condicionado por su solvencia.⁶⁸ Pensado desde la filosofía del habitar, el desahucio revela la dimensión trágica de una ciudad donde la morada deja de ser derecho para convertirse en privilegio revocable, y donde la pérdida de la casa equivale, en última instancia, a una pérdida de mundo.⁶⁹

Catástrofes naturales.

En tiempos recientes se ha intensificado una modalidad específica de desposesión habitacional vinculada a la crisis ecológica: la pérdida de la morada por eventos extremos (inundaciones, ciclones, incendios forestales) y por procesos de degradación lenta (erosión costera, salinización, desertificación, estrés térmico). No se trata únicamente de episodios contingentes, sino de dinámicas que reconfiguran condiciones de habitabilidad, patrones de asentamiento y regímenes de movilidad. En este marco, los informes del *Internal Displacement Monitoring Centre* (IDMC) cuantifican anualmente desplazamientos internos asociados a peligros naturales, subrayando su recurrencia y, en determinados contextos, su tendencia a cronificarse.⁷⁰

El huracán Katrina en Nueva Orleans, Estados Unidos (2005), constituye un caso extensamente analizado para comprender cómo un evento meteorológico extremo se articula con desigualdades históricas en la producción del espacio urbano. La literatura demográfica y sociológica ha mostrado que el daño habitacional, la calidad constructiva, la localización en zonas inundables y el acceso diferencial a recursos (seguros, redes, crédito, asistencia pública) inciden en la probabilidad de retorno y en los ritmos de

reconstrucción residencial; asimismo, estos factores interactúan con desigualdades raciales y de clase en la distribución del riesgo y en la recuperación posterior.⁷¹

El cambio climático tiende a intensificar estas dinámicas, especialmente en regiones costeras y deltas, donde convergen elevación del nivel del mar, subsidencia, erosión y cambios en la peligrosidad asociada a episodios extremos. La evaluación del IPCC (AR6, WGII) documenta incrementos de riesgo en sistemas costeros, con efectos sobre asentamientos, infraestructuras y medios de vida, y con especial relevancia en contextos deltaicos por la combinación de exposición y vulnerabilidad.⁷² En estos contextos, el problema excede la pérdida de una vivienda individual y se aproxima a procesos de retracción, transformación o reasignación del territorio habitable, con implicaciones para la continuidad comunitaria y la gobernanza.⁷³

Desde una perspectiva filosófica del habitar, estas dinámicas abren un problema de primer orden: cómo sostener identidad, memoria y arraigo cuando la permanencia territorial se vuelve incierta por la exposición reiterada a daños, por la inhabitabilidad térmica o por la pérdida progresiva del mero soporte físico del asentamiento. La fenomenología clásica de la casa, como lugar de refugio, continuidad y sedimentación de la vida cotidiana, se enfrenta aquí a escenarios en los que la estabilidad espacial deja de ser un supuesto. No se trata sólo de reconstruir la morada tras un evento puntual, sino de pensar regímenes de habitabilidad y de planificación (adaptación *in situ*, reconstrucción resiliente, relocalización, retirada ordenada) bajo condiciones de transformación ambiental persistente.⁷⁴

Este desplazamiento forzado por dinámicas climáticas no es sólo un fenómeno cuantificable en términos de hogares destruidos o personas desplazadas. En este punto, resulta pertinente la reflexión de Simone Weil sobre el arraigo (*L'Enracinement*). Weil define el enraizamiento —el arraigo— como una necesidad humana fundamental: la inscripción en un entorno, una historia y una comunidad que doten de continuidad y sentido a la existencia; lo opuesto —el desarraigo— remite a procesos que fracturan esos vínculos (ruptura de tradiciones, desintegración de marcos comunitarios, pérdida de continuidad histórica).⁷⁵

65. Aalbers, *Financialization of Housing*.

66. Heidegger, “Building Dwelling Thinking”; Bachelard, *Poetics of Space*.

67. Brun, “Home in Limbo?”

68. Aalbers, *Financialization of Housing*; Lefebvre, *Production of Space*.

69. Arendt, *The Human Condition*.

70. Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC), *Global Report on Internal Displacement 2024* (Geneva: IDMC, 2024).

71. Jeffrey A. Groen and Anne E. Polivka, “Going Home after Hurricane Katrina,” *Demography* 47, no. 4 (2010): 821–44; John R. Logan, “The Impact of Katrina,” working paper (Brown University, 2006).

72. IPCC, *Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability (AR6 WGII)* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), caps. sobre sistemas costeros y ciudades.

73. IPCC, *AR6 WGII*, síntesis de riesgos en costas/deltas.

74. IPCC, *AR6 WGII* (adaptación, retiro ordenado, etc.).

75. Weil, *L'Enracinement*.

Trasladada al desplazamiento asociado a riesgos climáticos, esta perspectiva permite comprender que la pérdida de la morada no se reduce a un problema de reubicación material. Implica, con frecuencia, la interrupción de prácticas, economías locales, repertorios simbólicos y memorias situadas, y conecta con el debate sobre pérdidas y daños no económicos (cultura, patrimonio, identidad territorial)⁷⁶

En consecuencia, el desplazamiento por catástrofes y por cambio climático puede conceptualizarse como una forma de desarraigo contemporáneo en la que la estabilidad del habitar se ve erosionada no sólo por decisiones político-económicas o por violencia directa, sino también por transformaciones antropogénicas de las condiciones biofísicas del territorio. En áreas recurrentemente inundables o expuestas a degradación lenta, la morada pierde capacidad de garantizar continuidad existencial y temporal. La cuestión, por tanto, no es únicamente reponer la materialidad de la vivienda sino asegurar condiciones institucionales, culturales y espaciales para reconstruir mundo común: redes, reconocimiento, formas de vida y pertenencias que puedan sostenerse bajo incertidumbre ambiental.⁷⁷

Más allá de la infraestructura, está en juego la posibilidad de vivir con raíces en escenarios de inestabilidad ambiental. Desde la filosofía de la morada, el reto consiste en imaginar políticas y prácticas que no se limiten a gestionar movi­lidades y alojamientos temporales, sino que reconozcan la necesidad, individual y colectiva, de reconstruir marcos de vida compartidos. Esto exige articular adaptación climática, justicia espacial y dispositivos de reparación que atiendan tanto a la pérdida material como a los efectos socio-simbólicos del desplazamiento, allí donde el clima amenaza con borrar, total o parcialmente, los lugares que hacían posible el arraigo.⁷⁸

La pérdida de mundo.

La exposición de las diversas formas de pérdida de la morada —exilio, guerra, desahucio y catástrofes naturales— permite identificar una constante transversal: en todos los casos, la desposesión del espacio habitado produce un colapso ontológico, simbólico y político, una mutilación del ser.⁷⁹ La expulsión del hogar no se agota en la pérdida del refugio físico, sino que implica la desaparición del marco de significaciones que hacía posible la existencia en común. Se trata, en este sentido, de una herida del ser más que de un mero daño patrimonial.⁸⁰

La morada puede entenderse, en este sentido, como el tejido de continuidad entre el ser y el mundo. Sobre ella se apoyan los ritmos de la vida cotidiana, las expectativas de futuro y la inscripción de la memoria en lugares concretos. Su destrucción o pérdida genera una dislocación ontológica —una fractura en el ser-en-el-mundo— y una

discontinuidad narrativa —una ruptura de la identidad personal y colectiva—. Ambas dimensiones convergen en una forma específica de violencia: la pérdida de mundo, en el sentido arendtiano del término.⁸¹

Hannah Arendt define el mundo como el espacio intersticial que media entre los seres humanos, la trama de relaciones, instituciones y objetos que posibilita la coexistencia y la acción. La pérdida de la morada, bajo cualquiera de sus formas, equivale a la pérdida de ese mundo común. El exiliado, el desplazado o el desahuciado no sólo pierden un espacio habitable: pierden el contexto donde podían actuar, recordar, ser reconocidos; pierden el “derecho a tener derechos”.⁸²

Esta ‘superfluidad’ no se refiere sólo a la marginalidad social, sino a una expulsión de la esfera de visibilidad política. La vivienda aparece, por tanto, no solamente como un derecho social, sino como condición de posibilidad de la ciudadanía.⁸³ Su pérdida coloca al sujeto fuera del ámbito de reconocimiento jurídico y simbólico.⁸⁴

Gaston Bachelard ha mostrado que la morada estructura la memoria, funcionando como archivo material de la existencia: cada habitación, cada objeto, actúa como anclaje de recuerdos, afectos y proyectos.⁸⁵ Cuando la casa se destruye o se abandona, la memoria se dispersa y la identidad se fragmenta. Desde la fenomenología, podría hablarse de una discontinuidad temporal del ser: el habitar confiere estabilidad y repetición, mientras que su pérdida introduce la contingencia y la intemperie.⁸⁶ En la literatura del exilio —de Ovidio a Kundera— reaparece esta experiencia de no poder habitar el tiempo por carecer de un lugar donde sedimentarlo.⁸⁷

El trauma de la pérdida de la morada no se borra con una simple reubicación espacial. Estudios en psicología ambiental y sociología urbana muestran que la ruptura del vínculo con el entorno cotidiano genera desorientación, ansiedad y sensación de despersonalización.⁸⁸ La noción de *Root Shock* propuesta por Mindy Thompson Fullilove describe precisamente el impacto psicosocial de la destrucción de barrios y comunidades: la pérdida del “ecosistema emocional” en el que se insertaba la vida cotidiana provoca que el sujeto perciba su existencia

76. UNFCCC, materiales técnicos sobre non-economic losses and damage (pérdidas culturales, identitarias, etc.).
77. UNHCR, *No Escape: On the Frontlines of Climate Change, Conflict and Forced Displacement* (Geneva: UNHCR, 2024).
78. IPCC, *AR6 WGI*; UNFCCC, pérdidas y daños.
79. Heidegger, *Being and Time*; Arendt, *The Human Condition*.
80. Bachelard, *Poetics of Space*.
81. Arendt, *The Human Condition*.
82. Arendt, *Origins of Totalitarianism*.
83. Arendt, *The Human Condition*.
84. Butler, *Frames of War*.
85. Bachelard, *Poetics of Space*.
86. Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. 1.
87. Ovid, *Tristia*, trans. Peter Green (Berkeley: University of California Press, 2005); Milan Kundera, *Ignorance*, trans. Linda Asher (New York: HarperCollins, 2002).
88. Setha M. Low, “Place Attachment,” in *Place Attachment*, ed. Irwin Altman and Setha M. Low (New York: Plenum, 1992), 165–84.

como inconclusa, suspendida en un espacio que ya no le pertenece.⁸⁹ La reubicación sin reconstrucción de mundo no restituye el habitar, sino que prolonga la experiencia de desarraigo.⁹⁰

La desposesión política del habitar.

Henri Lefebvre conceptualiza el espacio como producto social, generado por prácticas, representaciones y apropiaciones; no es un contenedor neutro, sino el resultado de relaciones de poder y procesos históricos.⁹¹ Cuando este espacio se privatiza o se militariza —mediante políticas de exclusión, gentrificación o control territorial—, se socava la capacidad colectiva de producir y habitar el mundo. La pérdida de la morada puede leerse entonces como una forma de desposesión política: el sujeto deja de ser productor de espacio para convertirse en mero ocupante revocable de un soporte gestionado por otros.⁹²

En este marco, la vivienda deja de ser un ámbito de praxis y pasa a presentarse como objeto pasivo de gestión o de consumo. El caso de los desahucios masivos ilustra de manera particularmente nítida esta desposesión: el lenguaje jurídico del contrato hipotecario o de alquiler desplaza el vínculo existencial con el espacio por la relación abstracta de deuda.⁹³ El habitante deja de comparecer como sujeto político arraigado y se ve reducido a la figura de deudor moroso, susceptible de ser expulsado en nombre de la seguridad jurídica del mercado.⁹⁴

Esta dimensión política del habitar ha sido subrayada por Judith Butler, para quien la precariedad no es un hecho natural, sino el resultado de decisiones políticas que distribuyen diferencialmente las condiciones de vida.⁹⁵ En *Precarious Life* y *Frames of War*, Butler sostiene que no hay vida sin condiciones de vida, y que tales condiciones son socialmente producidas y desigualmente garantizadas.⁹⁶ Aplicado al campo de la vivienda, esto implica que la habitabilidad no es neutral: es una práctica de reconocimiento mediante la cual algunas vidas se sostienen —asegurando vivienda, infraestructuras y marcos legales— mientras otras se consideran prescindibles y se exponen a la intemperie, al desplazamiento o a la expulsión.⁹⁷

Frente a estas formas de desposesión, el habitar puede pensarse como praxis ontológica de resistencia. Heidegger ya sugería que habitar (wohnen) implica cuidar y custodiar el lugar, no simplemente residir en él.⁹⁸ Reinterpretada en clave contemporánea, esta idea permite entender el habitar crítico como participación activa en la producción y preservación del mundo compartido. El sujeto no se limita a usar un espacio, sino que lo co-constituye a través de prácticas de cuidado, apropiación y memoria.⁹⁹

En el ámbito arquitectónico y urbanístico, esta perspectiva se traduce en la necesidad de restituir la vivienda a su condición de bien común y de derecho no reductible

al mero intercambio mercantil.¹⁰⁰ Las experiencias de autoconstrucción comunitaria, cooperativas o de rehabilitación participativa —como La Borda en Barcelona, España, o los proyectos colectivos de *Wohnprojekte Wien*, en Austria — ejemplifican formas de resistencia frente a la mercantilización del espacio, reorientando la producción de vivienda hacia el uso y el arraigo antes que hacia la especulación.¹⁰¹ En estas iniciativas, el habitar se convierte explícitamente en un acto político: un modo de recomponer la relación entre sujeto, comunidad y territorio.¹⁰²

Esta reinterpretación del habitar como resistencia no romantiza la precariedad ni idealiza los márgenes. Más bien, reconoce que, en las prácticas cotidianas de cuidado del espacio, de defensa del barrio o de construcción colectiva de vivienda, se juega una disputa fundamental sobre qué vidas merecen ser sostenidas y qué mundos se consideran dignos de perdurar.¹⁰³ Frente al desarraigo estructural producido por la guerra, el mercado y la crisis ecológica, el habitar crítico puede entenderse como una tentativa de rearmar la urdimbre entre ser y mundo, restituyendo a la morada su condición de matriz ontológica y política del vivir en común.¹⁰⁴

Concluyendo.

El quebranto de la morada como violencia ontológica

La reflexión desplegada a lo largo de estos breves escritos conduce a una tesis central: la pérdida de la morada no debe entenderse únicamente como un fenómeno social, económico o técnico, sino como una forma específica de violencia ontológica. Esta categoría —que constituye el aporte principal de este trabajo— pretende nombrar una modalidad de daño que no recae sólo sobre los cuerpos o los bienes materiales, sino sobre la misma posibilidad de existir como ser-habitante. En la tradición fenomenológica, el habitar se reconoce como la condición fundante del estar-en-el-mundo; por tanto, toda interrupción de ese vínculo entre sujeto, espacio y mundo afecta a la raíz misma de la experiencia humana.

89. Mindy Thompson Fullilove, *Root Shock: How Tearing Up City Neighborhoods Hurts America* (New York: One World/Ballantine, 2004).
90. Fullilove, *Root Shock*.
91. Lefebvre, *Production of Space*.
92. Lefebvre, “Right to the City.”
93. CGPJ, series estadísticas; Aalbers, Financialization of Housing.
94. Aalbers, *Financialization of Housing*.
95. Butler, *Precarious Life*.
96. Butler, *Frames of War*.
97. Butler, *Frames of War*.
98. Heidegger, “Building Dwelling Thinking.”
99. Lefebvre, *Production of Space* (praxis espacial); Bachelard, *Poetics of Space* (memoria/archivo doméstico).
100. Lefebvre, “Right to the City.”
101. Lacol, *La Borda: Cooperative Housing in Barcelona* (Barcelona: Lacol / publicaciones del proyecto, 2018); Stadt Wien, documentación pública sobre Baugruppen/ Wohnprojekte y políticas de vivienda colaborativa (Viena).
102. Lacol, *La Borda*; Lefebvre, “Right to the City.”
103. Butler, *Frames of War*; Fullilove, *Root Shock*.
104. Heidegger, “Building Dwelling Thinking”; Arendt, *The Human Condition*.

FIG 02. Campamento de tiendas a la sombra del Templo de Teseo, Atenas, donde refugiados griegos establecen sus hogares, 1922, copia fotográfica, Library of Congress, Prints and Photographs Division (colección fotográfica de la American National Red Cross), reproducción no. LC-USZ62-139254; consultado el 2 de enero de 2026 / Tent village in the shadows of the Temple of Theseus, Athens, where Greek refugees make their homes, 1922, photographic print, Library of Congress, Prints and Photographs Division (American National Red Cross photograph collection), reproduction no. LC-USZ62-139254; accessed 2 January 2026.



El desarraigo.

En sus múltiples formas —exilio, desplazamiento, desahucio, desastres o desposesión urbana—, el desarraigo constituye una manifestación de esa violencia. No se trata de un acontecimiento puntual, sino de una condición prolongada de suspensión ontológica. Quien pierde su morada queda atrapado en un tiempo sin duración, en una espera que no se resuelve. Desde una perspectiva fenomenológica, este tiempo suspendido no es una mera consecuencia externa: es la temporalidad propia de un modo de existencia fracturada. Aquí la temporalidad del desarraigo destapa un mundo donde la aceleración no produce movimiento vital, sino desorientación. La vida en tránsito se convierte en norma, y el sujeto queda privado de la continuidad simbólica que hace posible la identidad y el sentido.

La violencia ontológica y la morada como infraestructura existencial.

El término violencia ontológica busca reforzar esta lectura: al destruir la morada, no se destruye únicamente un objeto arquitectónico, sino la infraestructura existencial que sostiene la identidad, la memoria y la comunidad. Allí donde la vivienda se convierte en mercancía o en residuo temporal, el vínculo entre lo humano y lo habitable se deteriora hasta el punto de la pérdida de mundo. Esta noción de violencia no se reduce al daño físico o psicológico: designa una agresión más radical, ejercida

sobre la condición de posibilidad misma del habitar.

En ese sentido, la pérdida de la casa equivale a una dislocación del ser, un desgarramiento del tejido que une al individuo con su entorno vital. No es casual que la palabra “morada” comparta raíz con “morir” y “memoria”: ambas inscriben la permanencia y el rastro, aquello que funda continuidad. Cuando esta urdimbre, esta trama, se corta, el habitante no sólo carece de techo; carece de horizonte. El desposeído del lugar habitado es expulsado de la esfera del reconocimiento, no sólo en el plano jurídico o social, sino también en el plano existencial: pierde su lugar en el mundo y, con él, el derecho mismo a tener derechos.

Esta comprensión crítica permite releer la vivienda contemporánea más allá de las categorías funcionales o legales. Los desalojos, la precarización inmobiliaria, la especulación del suelo o los desplazamientos forzados no son contingencias urbanísticas; son síntomas políticos de una estructura global que administra la habitabilidad como privilegio, no como derecho. En este contexto, la arquitectura, entendida como disciplina del habitar, no puede permanecer neutral: participa tanto en la producción como en la negación del mundo vivido.

La urdimbre como marco teórico y horizonte de recomposición.

La noción de urdimbre sintetiza la segunda gran propuesta

de este trabajo: si la morada es urdimbre, su pérdida equivale a la ruptura del tejido que vincula materia, sentido y comunidad. La urdimbre, tomada aquí como metáfora estructural, alude al entramado múltiple —ontológico, ético y político— que permite la existencia como experiencia situada. El habitar no es una práctica individual ni una mera ocupación del espacio; es el resultado siempre frágil de una relación en constante tejido entre cuerpos, lugares y memorias.

Frente a la violencia ontológica que deshace ese tejido, la tarea del pensamiento y de la praxis arquitectónica es rehacer la urdimbre del habitar. Ello implica sustituir la lógica instrumental —centrada en la eficiencia y la rentabilidad— por una racionalidad comunicativa y ética orientada hacia el reconocimiento y el cuidado. Siguiendo una crítica a la razón instrumental y el llamado al entendimiento mutuo, se propone una arquitectura que reconstruya sentido antes que forma, comunidad antes que producto.

El concepto de urdimbre permite además articular las tres dimensiones constitutivas del habitar contemporáneo:

(i) Dimensión ontológica: el espacio construido no es un contenedor, sino una condición de posibilidad de la existencia. La arquitectura se reconoce como mediación entre el ser y el mundo.

(ii) Dimensión ética: diseñar y planificar implica asumir el cuidado como principio rector, reconociendo la vulnerabilidad compartida y la necesidad de acogida que define lo humano.

(iii) Dimensión política: el habitar debe ser entendido como práctica de emancipación colectiva y de justicia espacial, donde la vivienda se reivindica como bien común inseparable del derecho a la ciudad.

Estas tres dimensiones no son ámbitos separados; constituyen la nueva urdimbre que debe recomponerse tras la quiebra del habitar contemporáneo. Devolver sentido a la arquitectura pasa por restablecer las condiciones para que el espacio vuelva a ser mediación entre el ser y el colectivo.

Arquitectura como praxis de reparación.

Asumir esta perspectiva implica ‘reconceptualizar’ el papel de la arquitectura y el urbanismo. En lugar de limitarse a la provisión de infraestructuras materiales, deben concebirse como praxis de reparación. Reparar significa aquí no sólo reconstruir lo destruido, sino también restituir las condiciones simbólicas y comunitarias del habitar. Esto requiere incorporar al proyecto arquitectónico categorías como memoria, duelo, pertenencia y arraigo, categorías tradicionalmente expulsadas del discurso técnico.

Diversas experiencias contemporáneas apuntan en esa

dirección. Los procesos de reconstrucción posbélica en ciudades como Sarajevo o Alepo demuestran que la recuperación del tejido urbano sólo adquiere sentido cuando se vincula a la memoria colectiva y a la participación ciudadana. En el ámbito de la crisis climática, los proyectos de resiliencia territorial muestran cómo la arquitectura puede convertirse en mediadora entre la fragilidad de los ecosistemas y la supervivencia humana.

Estos ejemplos comparten una premisa fundamental: el habitar es una práctica de recomposición de mundo. Frente a la lógica de la expulsión y la segregación, promueven un modelo de espacio donde lo común vuelve a ser el punto de partida y donde el proyecto arquitectónico se entiende como acto político de reparación del daño ontológico.

La urgencia de una ética del arraigo.

La lectura fenomenológica y crítica del desarraigo que propone este trabajo desemboca en una ética del arraigo y de la interdependencia. Frente a la movilidad constante y la precarización global del espacio vital, el arraigo no debe confundirse con inmovilidad, sino con la posibilidad de establecer vínculos significativos con el mundo y con los otros. Arraigar es poder habitar en sentido pleno: permanecer sin poseer, cuidar sin apropiarse.

Desde esta perspectiva, la vivienda deja de ser un objeto individual para convertirse en umbral de comunidad, punto donde se cruzan lo íntimo y lo público, la memoria personal y la historia colectiva. La destrucción de ese umbral implica una pérdida doble: la del refugio existencial y la del espacio de ciudadanía. Así, la defensa del derecho a la vivienda trasciende la cuestión económica o legal para convertirse en defensa de la posibilidad misma del habitar humano.

Epílogo

Podemos sintetizar la propuesta de este trabajo en una doble afirmación:

(i) La pérdida de la morada constituye una violencia ontológica, pues atenta contra la condición de posibilidad del ser habitante y desarticula la continuidad entre identidad, memoria y comunidad.

(ii) La urdimbre del habitar se presenta como horizonte reparador: un marco conceptual que integra las dimensiones ontológica, ética y política del morar, orientando la práctica arquitectónica hacia la recomposición del tejido roto por la desposesión y el desarraigo.

Rehacer la urdimbre de la morada significa, en última instancia, restituir la posibilidad de mundo. Este es el desafío fundamental de la arquitectura contemporánea: no limitarse a construir espacios, sino a reconstruir las condiciones para que la existencia pueda arraigar.

Abstract

Housing has traditionally been regarded within architectural discourse as a technical object, an economic product or a merely functional structure for shelter. Yet a critical reading of the history of human thought—from existential phenomenology to contemporary social theory—reveals that the dwelling is far more than a constructed artefact: it is the primordial condition of inhabiting and the ontological ground of human existence. Within this framework, the guiding question of the article is how to think the loss of dwelling when it cannot be reduced to material deprivation, but rather to a rupture of the bond between the self and its world.

The argument maintains that the loss of dwelling cannot be understood solely as a material, urban or legal problem, but as a form of violence that interrupts the very possibility of being-in-the-world. Residential dispossession, when it occurs through four paradigmatic scenarios—exile, war, eviction and natural disasters—entails the mutilation of the existential weave upon which individual and collective subjectivity is organised.

In response, the article proposes an ethics and politics of the project that recentre dwelling within architectural praxis: housing as a common good, spatial justice and care as core criteria of design. We examine practices of housing cooperatives, participatory rehabilitation and reconstruction with memory, as well as strategies of territorial resilience, in order to defend the claim that dwelling is an exercise of recomposing the world and that architecture, when it assumes this responsibility, becomes an instrument of dignity and repair.

Ultimately, the text sets out a conceptual framework: the loss of dwelling as ontological and political violence, producing existential fracture and narrative discontinuity, whose exploration unfolds through a theoretical-critical and analytical journey across dwelling, dislocation and the possibility of re-weaving the warp of existence, that is, the warp of dwelling.

Keywords: *dwelling, home, dispossession, rootedness, eviction, exile, war.*

ENG Preamble: The Founding Question.

This article departs from a central hypothesis: the loss of dwelling is not merely a social or economic phenomenon, but a specific form of ontological and political violence that fractures subjects' modes of being-in-the-world.¹ Drawing on four paradigmatic scenarios—exile, war, eviction and natural disasters—it proposes an integrated reading of residential dispossession as an experience of rupture of the common world, narrative discontinuity and the erosion of existential groundedness.²

The aim is to show that residential dislocation or uprooting does not end with material damage or with the violation of a social right, but affects the entire framework of meaning that sustains identity, memory and community.³

To this end, the text rests on two major theoretical axes. On the one hand, the philosophy of dwelling and the phenomenology of intimacy, which conceive housing as an affective archive, a matrix of memory, and an initial condition of being-in-the-world.⁴ On the other hand, critical spatial theory, which understands place as a social product and thus as a field of conflict, traversed by power relations and logics of accumulation.⁵ Under regimes of financialisation, gentrification and neoliberal territorial management, housing is transformed into a commodity, subordinating the right to dwell to profit-seeking logics and effectively excluding those who cannot sustain the material conditions of permanence.⁶ At the intersection of ontology of dwelling and critique of space lies this article's contribution: to think the loss of dwelling as ontological and political violence, and not merely as a collateral consequence of economic, military or environmental crises.⁷

Reflection on housing and its loss therefore requires a conceptual framework capable of articulating ontological, phenomenological, political and critical dimensions. This preamble presents the theoretical references that structure the argument: the ontology of dwelling in Martin Heidegger, the phenomenology of intimacy in Gaston Bachelard, the critique of the social production of space in Henri Lefebvre, and the ethical-political contributions of Hannah Arendt, Judith Butler and Simone Weil.⁸ Taken together, these heterogeneous yet convergent approaches

1. Martin Heidegger, "Building Dwelling Thinking," in *Poetry, Language, Thought*, trans. Albert Hofstadter (New York: Harper & Row, 1971), 141–59.
2. Hannah Arendt, *The Human Condition* (Chicago: University of Chicago Press, 1958); Simone Weil, *L'Enracinement* (Paris: Gallimard, 1949).
3. Gaston Bachelard, *The Poetics of Space*, trans. Maria Jolas (Boston: Beacon Press, 1994 [1957]).
4. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59; Bachelard, *Poetics of Space*.
5. Henri Lefebvre, *The Production of Space*, trans. Donald Nicholson-Smith (Oxford: Blackwell, 1991 [1974]).
6. Manuel B. Aalbers, ed., *The Financialization of Housing: A Political Economy Approach* (London: Routledge, 2016); Neil Smith, *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City* (London: Routledge, 1996).
7. Lefebvre, *Production of Space*; Arendt, *The Human Condition*.
8. Heidegger, "Building Dwelling Thinking"; Bachelard, *Poetics of Space*; Lefebvre, *Production of Space*; Arendt, *The Human Condition*; Judith Butler, *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (London: Verso, 2004); Judith Butler, *Frames of War: When Is Life Grievable?* (London: Verso, 2009); Weil, *L'Enracinement*.

uphold a key claim: dwelling cannot be reduced to an architectural artefact or a mere consumer good, but constitutes a structuring condition of subjectivity and citizenship.⁹

Building, Dwelling, Thinking.

In his lecture *Bauen, Wohnen, Denken* (1951), Martin Heidegger redefines dwelling beyond its common meaning as mere physical residence. Dwelling (*Wohnen*) does not simply mean occupying a place, but constituting oneself as being-in-the-world; it is the original form of existence, the way in which the *Geviert* or fourfold is articulated—the divine and the mortal, the celestial and the earthly (in his terms), and the sublime and the everyday (in ours).¹⁰ Dwelling implies care (*Sorge*), belonging and orientation.¹¹ From this perspective, the house is not one object among others, but the material concretion of this mode of being. The loss of dwelling is therefore not a simple material inconvenience, but a fundamental form of alienation: it deprives the person of the stable place and everyday supports through which life becomes situated, intelligible, and socially recognisable—undermining the very basis of their being-in-the-world.¹²

Gaston Bachelard, in *La poétique de l'espace* (1957), deepens the affective and symbolic dimension of the house, conceived as the individual's "first cosmos", the place where subjectivity takes root and from which it projects itself toward the world.¹³ Each room, each corner, functions as condenser of memories, dreams and fears. The dwelling appears as an existential archive and a laboratory of the imagination. From this standpoint, residential uprooting is not limited to the loss of a physical refuge, but entails the interruption of narrative continuity: the threads binding past, present and future are cut, and subjectivity is left in suspension, forced to recompose its story in a space that no longer belongs to it, or that must be reconstructed from scratch.¹⁴

Social Production of Space and Dispossession.

Against this phenomenological background, Henri Lefebvre introduces a critical and political dimension that both complements and puts a strain on these analyses by insisting that space is not only lived, but produced under relations of power. In *La production de l'espace* (1974) and *Le droit à la ville* (1968), he argues that space is the result of social, economic and political practices, and not a neutral container within which life simply takes place.¹⁵ Dwelling is thus defined as appropriation and social production of space. Housing is, at the same time, a support for life and an object of dispute. Residential dispossession exposes the tension between space as a condition of existence and space as commodity: neoliberal financialisation turns the home into a financial asset, displacing its ontological and communal dimension and re-signifying it as an instrument for capital valorisation.¹⁶ Under these conditions, eviction,

gentrification and urban displacement are not accidents but structural manifestations of a logic that subordinates the right to dwell to the imperative of accumulation.¹⁷

Common World, Precarity and Rootedness.

Hannah Arendt, in *The Human Condition* (1958), links the idea of world to the possibility of appearing before others, of being seen and recognised in a shared space. Having a place in the world refers not only to possessing a dwelling, but to being inscribed in a web of relations, institutions and shared objects that make action and speech possible.¹⁸ The loss of dwelling thus implies a loss of world: refugees, exiles and the evicted embody the figure of those who have been expelled from the space in which their lives could become visible, approaching that condition of "superfluity" that Arendt diagnoses in modern regimes of exclusion, where human beings are deprived of the "right to have rights", expelled from the framework of political recognition.¹⁹

Judith Butler extends this reflection by emphasising that human life is constitutively precarious and depends on social and material frameworks of support. In *Precarious Life* (2004) and *Frames of War* (2009), she argues that conditions of liveability determine which lives are recognised as liveable and grievable.²⁰ The loss of dwelling can thus be read as a rupture of these supporting frameworks: when a home is destroyed or lost, the environment that made a habitable biography possible disappears, along with a form of life that counted as a life in the full sense.²¹

Simone Weil, in *L'Enracinement* (1949), introduces the notion of rootedness as a fundamental need of the human soul: to be rooted means to be bound to a place, a history and a community, so that existence is not suspended in a void of meaning.²² Uprooting—through exile, colonisation or dispossession—appears as one of the most devastating forms of violence, precisely because it deprives human beings of the possibility of belonging.²³ Rootedness therefore allows dwelling to be conceived as an inalienable existential need, and not only as a social right or economic condition.²⁴

9. Arendt, *The Human Condition*; Lefebvre, *Production of Space*.
10. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59.
11. Heidegger, *Being and Time*, p.41–44 (sobre Sorge).
12. Heidegger, "Building Dwelling Thinking," 141–59.
13. Bachelard, *Poetics of Space*, esp. 3–37.
14. Paul Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. 1, trans. Kathleen McLaughlin and David Pellauer (Chicago: University of Chicago Press, 1984).
15. Lefebvre, *Production of Space*; Henri Lefebvre, "The Right to the City," in *Writings on Cities*, ed. and trans. Eleanor Kofman and Elizabeth Lebas (Oxford: Blackwell, 1996), 63–181.
16. Aalbers, *Financialization of Housing*.
17. Smith, *New Urban Frontier*; Lefebvre, "Right to the City."
18. Arendt, *The Human Condition*, esp. 22–78.
19. Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (New York: Harcourt, 1951), esp. 290–302 (on the deprivation of the 'right to have rights').
20. Butler, *Precarious Life*; Butler, *Frames of War*.
21. Butler, *Frames of War*, esp. 1–32.
22. Weil, *L'Enracinement*.
23. Weil, *L'Enracinement*, esp. 41–64.
24. Weil, *L'Enracinement*.

FIG 03. Fotografía aérea del gueto de Varsovia destruido, fotografía aérea tomada después del 16 de mayo de 1943 (probablemente noviembre de 1944); fuente: United States Holocaust Memorial Museum, fotografía n.o 04402; cortesía de National Archives and Records Administration, College Park; vía Wikimedia Commons, consultado el 2 de enero de 2026, dominio público en Estados Unidos / “Aerial photograph of the destroyed Warsaw Ghetto,” aerial photograph taken after 16 May 1943 (probably November 1944); source: United States Holocaust Memorial Museum, Photograph #04402; courtesy of National Archives and Records Administration, College Park; via Wikimedia Commons, accessed 2 January 2026, public domain in the United States.



Byung-Chul Han has argued that contemporary regimes of acceleration and delocalisation produce a time without permanence, in which the experience of duration is eroded and life becomes trapped in a succession of disconnected presents. This depleted temporality offers a useful background for thinking residential dislocation: when neither a dwelling nor a stable rhythm of life can be sustained, the loss of home and the loss of world become intertwined, leaving dwelling permanently threatened by exposure.

From this theoretical warp –ontology and phenomenology of dwelling, critique of space and social production, reflection on the common world and precarity, and the concept of rootedness– the loss of dwelling emerges as a phenomenon that simultaneously mutilates subjectivity and citizenship.²⁵ This is the thesis that the article develops empirically and conceptually by analysing four scenarios of residential dispossession, showing how in each of them the rupture of dwelling entails, to varying degrees, a rupture of world.²⁶

The Loss of Dwelling.

Residential dispossession manifests itself in different forms, both historical and contemporary. Although the modalities are diverse, they share a common core: the violent interruption of dwelling and the consequent mutilation of being-in-the-world.²⁷ These pages unfold four paradigmatic scenarios of loss of dwelling –exile, war, eviction and natural disasters– showing how each of them operates as an ontological and political fracture.²⁸

Exile.

Exile –in its historical forms of banishment, expulsion and proscription– has operated, since ancient times, as a mechanism of dispossession that exceeds the loss of a

25. Arendt, *The Human Condition*; Lefebvre, *Production of Space*.
 26. Heidegger, “Building Dwelling Thinking”; Butler, *Frames of War*.
 27. Heidegger, *Being and Time*, esp.12–13.
 28. Arendt, *The Human Condition*.

particular dwelling and strikes at political belonging.²⁹ In the Aristotelian context, where citizenship is defined by participation in judgment and government, forced departure from the *polis* entails a radical interruption of civic status: it is not merely a spatial displacement, but the practical deprivation of full membership in the political community.³⁰ In Athens, ostracism constitutes an institutional precedent of this logic: a technique of temporary expulsion which, while different from modern sanctions, shows how territorial exclusion can function as an instrument for stabilising political order and managing civic conflict.³¹

In Rome, the experience of exile is codified as a form of civil death and patrimonial dispossession. Cicero’s proscription (58–57 BCE) is accompanied by the confiscation and demolition of his house in the Palatine Hill, an episode he himself turns into a juridic-religious argument and political plea in *De domo sua*.³² There, the house appears less as a piece of property than as the material insignia of the citizen’s place in the *res publica*; its destruction thus acquires symbolic value: not only the roof is lost, but the social stage from which one appears and is recognised.³³ A related poetic-moral resister emerges in Dante when, in *Paradiso XVII*, exile is formulated as structural dependence: *lo pane altrui, l’altrui scale*, “another man’s bread” and “another man’s stairs” name a life under someone else’s hospitality, in which daily sustenance is mediated by third parties.³⁴

In contemporary terms, exile can be defined as a condition in which frameworks of intelligibility and social reproduction are broken: language, symbolic codes, community networks and repertoires of practice are interrupted or reconfigured. Edward Said insists that exile is irreducible to a geographical fact; it describes an existential condition marked by discontinuity, in which subjectivity is compelled to rebuild life against a background of loss, without full reintegration either into origin or destination.³⁵ The exile inhabits a permanent in-between: the homeland becomes an object of nostalgia and imaginary reconstruction, while the new environment appears at once as a promise of integration and a space of strangeness and misfit. In parallel, diaspora theory has shown that prolonged displacement tends to organise itself through institutions, narratives and economies of memory (myths of return, repertoires of belonging, long-distance communities) that do not erase the fracture, but render it socially habitable.³⁶

History provides examples in which the forced loss of dwelling through exile does not only concern a sum of individual trajectories, but becomes a principle for organising collective identities: a transnational form of life in which territorial loss is translated into institutions, narratives of belonging and economies of memory.³⁷ In this line, William Safran describes diaspora as a configuration

sustained by myths of return and by the preservation of an identity not fully assimilated into places of settlement.³⁸ Robin Cohen, for his part, proposes typologies that distinguish “victim”, “labour” and “imperial” diasporas, showing that the diasporic form is not homogeneous,³⁹ and Daniel and Jonathan Boyarin problematise the relation between identity and soil, suggesting that territorial non-coincidence can become constitutive of certain modes of belonging.⁴⁰

From this perspective, the post-70 CE Jewish experience has been read “with internal nuances and debates” as a paradigm of diasporic continuity in which textuality, ritual and community function as instruments of persistence under dispersion, reconfiguring the bond to territory in terms of memory and promise.⁴¹ In the Armenian case, mass deportation and genocidal violence in 1915–1917 generate a diaspora in which the intergenerational transmission of loss is institutionalised in associative networks and a transnational cultural infrastructure, turning memory of the lost territory into a resource for cohesion and for political claim-making.⁴² For the Spanish Republican exile of 1939, historical literature has described a large-scale displacement whose specificity lies in the dense cultural and political production abroad, and in the ambivalence between integration and the persistence of a horizon of return, configuring a “culture of exile” traversed by suspended temporalities.⁴³ Without reducing the heterogeneity of these processes, what matters for a philosophy of dwelling is that, under prolonged exile, housing ceases to be a simple good to be replaced: “home” is redistributed across places, archives and practices, and dwelling becomes an unstable mode of mediation between memory, recognition and survival.⁴⁴

29. Sara Forsdyke, *Exile, Ostracism, and Democracy: The Politics of Expulsion in Ancient Greece* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2005).
 30. Aristotle, *Politics*, bk. 3, chap. 1 (1275a22–23), trans. C. D. C. Reeve (Indianapolis: Hackett, 1998).
 31. Forsdyke, *Exile, Ostracism, and Democracy*.
 32. Cicero, *De domo sua*, in *Cicero: Political Speeches*, trans. D. H. Berry (Oxford: Oxford University Press, 2006), esp. 100–116.
 33. Shelley Hales, “At Home with Cicero,” *Greece & Rome* 47, no. 1 (2000): 44–55.
 34. Dante Alighieri, *The Divine Comedy*, Vol. 3: *Paradiso*, trans. Allen Mandelbaum (New York: Bantam, 1984), XVII.58–60.
 35. Edward W. Said, “Reflections on Exile,” in *Reflections on Exile and Other Essays* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000), 173–86.
 36. Khachig Tölölyan, “The Nation-State and Its Others: In Lieu of a Preface,” *Diaspora* 1, no. 1 (1991): 3–7.
 37. Robin Cohen, *Global Diasporas: An Introduction*, 2nd ed. (London: Routledge, 2008).
 38. William Safran, “Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return,” *Diaspora* 1, no. 1 (1991): 83–99.
 39. Cohen, *Global Diasporas*.
 40. Daniel Boyarin and Jonathan Boyarin, “Diaspora: Generation and the Ground of Jewish Identity,” *Critical Inquiry* 19, no. 4 (1993): 693–725.
 41. Boyarin and Boyarin, “Diaspora.”
 42. Ronald Grigor Suny, “They Can Live in the Desert but Nowhere Else”, *A History of the Armenian Genocide* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 2015).
 43. Mónica Jato, *El éxodo español de 1939: Una topología cultural del exilio* (Leiden: Brill, 2019).
 44. Paolo Bocagni, *Migration and the Search for Home* (London: Palgrave Macmillan, 2017).

From a phenomenological perspective and from contemporary studies on home under forced migration, exile shows that the loss of dwelling occurs not only in space but also in time. The literature notes that home can become anchored in the past as an inaccessible place, while the present is experienced as suspension or waiting—even when some legal stability is achieved—because of the persistence of biographical rupture and discontinuous recognition.⁴⁵ In this sense, home does not operate solely as a physical location, but as an assemblage of practices, affects, rights and familiarities: a regime of life that can be partially reconstructed through homemaking, though rarely without friction.⁴⁶ Home is transformed into an ambivalent emotional landscape, woven from love and longing, but also from pain, fear and disappointment.⁴⁷

This phenomenology of exile can be read as an intensification of the ontological violence associated with the loss of dwelling. If, with Heidegger, dwelling is described as an original mode of being-in-the-world, forced expulsion disarticulates the bond between subject, space and community, imposing recomposition under non-chosen conditions and, frequently, under a deficit of juridico-political recognition.⁴⁸ Exile should therefore not be treated only as a matter of borders or citizenship, but as a profound transformation of dwelling, the house becomes memory, everyday life reorganises itself under a regime of temporary condition, and the promise of rootedness remains exposed to the persistence of the original expulsion.⁴⁹

Armed Conflict.

War constitutes, for its part, the most devastating form of destruction and loss of dwelling. Armed violence does not stop at the physical annihilation of buildings: it dismantles lived worlds, breaks webs of meaning and razes infrastructures of memory and everyday practice.⁵⁰ By striking housing as the support of social existence, war turns neighbourhoods into rubble and cities into landscapes of ruin in which biographical continuity becomes, in practice, unviable.⁵¹

Heidegger famously claimed that the house is the primordial realm of dwelling, the place where human beings take root in the world and from which being-in-the-world unfolds.⁵² When war destroys housing, it does not only eliminate an architectural object, but the very possibility of such rootedness. The phenomenology of dwelling turns into a phenomenology of rubble. The solid ground of home becomes an inhospitable space, traversed by fear, loss and the radical interruption of the familiar. Ruin is not only a material state of the building, it is, above all, an existential experience of the de-founding of the lived world.⁵³

Too many cases illustrate the devastation entailed by the loss of dwelling and, with it, the destruction of an urban culture through armed conflict. A few historical examples help to specify this dimension:

Warsaw (1944): during the August uprising and its subsequent repression, more than 85% of the historic centre was destroyed, and post-war reconstruction was conceived as an intensive campaign of material and symbolic reconstitution.⁵⁴ The massive loss of housing cannot be seen here as a merely marginal collateral damage of military tactics, but as a deliberate strategy of urban devastation, with consequences for memory, institutions and the conditions for reproducing everyday life.

Beirut (1975-1990): fighting, bombardments and territorial fragmentation reconfigured the city into a mosaic of devastated zones, front lines and segregated enclaves; the “Green Line” operated as a spatial device of separation and as a persistent morphology of conflict within the urban fabric.⁵⁵ Residential destruction and spatial partition produced significant internal displacement and long-lasting transformations in neighbourhood social ecologies, with sedimented ruins and traumatic memories.

Aleppo, Syria (2012-2016): heritage assessments have documented severe damage and extensive destruction of the historic centre, including housing, facilities and elements of the everyday urban fabric.⁵⁶ The loss of this residential network is not limited to a heritage impact; it entails the dismantling of commercial, neighbourhood and family networks and precipitates the displacement of broad sectors of the population.

From an ontological standpoint, the loss of dwelling through war converges with the experience of forced exile. The subject is not only deprived of a roof, but uprooted from the place where ties, narratives and expectations had been woven. Ruins are also ruins of time: they interrupt the continuity of shared history and force life to begin again against a background of mourning and dispossession. Material reconstruction may be relatively rapid in some cases—as shown by the intensive post-war reconstruction of Warsaw’s historic centre—but the reconstruction of dwelling—that is, of rootedness, trust and familiarity—requires generational time scales.⁵⁴

Thinking the destruction of housing by war from the standpoint of the philosophy of dwelling makes it possible to shift the focus from mere patrimonial loss to the deep dislocation of everyday existence. The bombed house is

45. Liisa H. Malkki, “Refugees and Exile: From ‘Refugee Studies’ to the National Order of Things,” *Annual Review of Anthropology* 24 (1995): 495–523.
 46. Cathrine Brun, “Home in Limbo? A Conceptual Framework,” *Refuge* 31, no. 1 (2015): 19–28.
 47. Boccagni, *Migration and the Search for Home*.
 48. Heidegger, *Being and Time*, pp. 12–13; Arendt, *Origins of Totalitarianism*.
 49. Said, “Reflections on Exile.”
 50. Sara Fregonese, “The Urbicide of Beirut?,” *Political Geography* 28, no. 5 (2009): 309–18.
 51. Eyal Weizman, *Hollow Land: Israel’s Architecture of Occupation* (London: Verso, 2007), for the link between violence and the production of space (comparative use).
 52. Heidegger, “Building Dwelling Thinking.”
 53. Bachelard, *Poetics of Space* (by contrast: house/ruin); Heidegger, *Being and Time*.
 54. UNESCO World Heritage Centre, “Historic Centre of Warsaw,” *World Heritage List* (description and scope of destruction/reconstruction).

not only collateral damage; it is the destruction of the conditions that make ordinary life possible: cooking, sleeping, educating, caring, celebrating, grieving.⁵⁷ Wherever dwelling disappears, communities are forced to live in permanent transit, in camps, shelters or temporary accommodations which, by definition, hinder the sedimentation of a world of one’s own.⁵⁸ Ultimately, war against housing is war against dwelling itself, against the possibility of being-in-the-world in a stable, recognisable and dignified way.⁵⁹

Eviction.

Where war destroys abruptly, eviction operates as a programmed, contractual and bureaucratic-financial form of violence, administered through notifications, deadlines and court orders. It is a violence exercised not only upon material goods, but upon relationships, life stories and horizons of future. In contemporary societies marked by the financialisation of the economy, housing tends to be displaced from its primordial function—a place of rootedness—toward the status of an asset collateral for debt, investment instrument and privileged support for rent extraction.⁶⁰

In the Spanish context, the mortgage crisis triggered by the bursting of the so-called housing bubble around 2008 starkly exposes this structural mutation. Hundreds of thousands of foreclosure proceedings and evictions followed, with massive impact on households and communities, as reflected in judicial statistics.⁶¹ The loss of the home in such cases is not limited to patrimonial damage; it is associated with significant psychosocial effects—sustained stress, deterioration of family cohesion, depressive symptoms—and has fuelled public and academic debate on the relationship between eviction and extreme suffering.⁶²

Within this framework, eviction paradigmatically embodies what Henri Lefebvre diagnoses as the subordination of the right to the city and to dwelling to the logic of capital.⁶³ The city ceases to be understood as a lived space and starts to function as a vehicle for financial valorisation; urban space, produced and maintained by generations of inhabitants, is reappropriated by economic actors and subjected to dynamics of gentrification, touristification and rent extraction.⁶⁴ Entire neighbourhoods, under this pressure, are transformed into consumption enclaves or investment platforms, expelling long-term residents and dismantling networks of neighbourliness and solidarity. Space, once a *locus* of memory and belonging, becomes an indifferent and interchangeable commodity, available to those able to bear the rent differentials imposed by the global market.⁶⁵

Ontologically, eviction can be read as a form of internal exile, insofar as it entails the violent rupture of the bond between subject and world. It is not only a family that is removed from a property; the stage on which that life had

woven its identity, habits, memories and expectations is disfigured. As phenomenological readings of Heidegger and Bachelard suggest, the house is not merely a physical container but a symbolic matrix in which intimacy, memory and reciprocal recognition—the fabric of the social—are sedimented.⁶⁶ Tearing the subject away from this space unravels the warp of everyday life, placing them in a condition of permanent precariousness in which time becomes uncertain and the future becomes contingent.⁶⁷

Eviction is thus not a merely technical procedure for enforcing guarantees, but an event that condenses the structural violence of an urban-financial model that prioritises profitability over dwelling. It is at once symptom and device: symptom of an instrumental rationality that turns housing into a variable of economic calculation, and device that disciplines indebted bodies, reminding them that their right to remain is conditioned by their solvency.⁶⁸ Thought from the philosophy of dwelling, eviction reveals the tragic dimension of a city in which the home ceases to be a right and becomes a revocable privilege, and in which the loss of the house ultimately amounts to a loss of world.⁶⁹

Natural Disasters.

In recent years, a specific modality of residential dispossession linked to the ecological crisis has intensified: the loss of dwelling through extreme events (floods, cyclones, wildfires) and through slow-onset processes (coastal erosion, salinisation, desertification, heat stress). These are not merely contingent episodes, but dynamics that reconfigure conditions of habitability, settlement patterns and mobility regimes. In this context, reports by the Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC) annually quantify internal displacements associated with natural hazards, underlining their recurrence and, in certain contexts, their tendency to become chronic.⁷⁰

Hurricane Katrina in New Orleans, United States (2005), has been extensively analysed as a case through which to understand how an extreme weather event is articulated with historical inequalities in the production of urban

55. Ove Møystad, “Morphogenesis of the Beirut Green-Line,” *Cahiers de géographie du Québec* 42, no. 117 (1998): 421–35.
 56. UNESCO/UNITAR-UNOSAT, *evaluaciones de daños sobre la Ancient City of Aleppo* (materiales y reportes de evaluación patrimonial).
 57. Arendt, *The Human Condition* (common world and conditions of action).
 58. UNHCR, *Global Trends* (various años) for life in shelters/camps as a prolonged condition (contextual reference).
 59. Butler, *Frames of War*.
 60. Aalbers, *Financialization of Housing*.
 61. Consejo General del Poder Judicial (España), *series estadísticas sobre ejecuciones hipotecarias y lanzamientos* (consultas por anualidades).
 62. Margarita Gili et al., “The Mental Health Risks of Economic Crisis in Spain,” *European Journal of Public Health* 23, no. 1 (2013): 103–08.
 63. Lefebvre, “Right to the City.”
 64. Smith, *New Urban Frontier*.
 65. Aalbers, *Financialization of Housing*.
 66. Heidegger, “Building Dwelling Thinking”; Bachelard, *Poetics of Space*.
 67. Brun, “Home in Limbo?”
 68. Aalbers, *Financialization of Housing*; Lefebvre, *Production of Space*.
 69. Arendt, *The Human Condition*.
 70. Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC), *Global Report on Internal Displacement 2024* (Geneva: IDMC, 2024).

space. Demographic and sociological literature has shown that housing damage, building quality, location in floor-prone areas and differential access to resources (insurance, networks, credit, public assistance) shape the probability of return and the pace of residential reconstruction; these factors also interact with racial and class inequalities in the distribution of risk and in post-disaster recovery.⁷¹

Climate change tends to intensify these dynamics, especially in coastal regions and deltas, where sea-level rise, subsidence, erosion and shifting patterns of hazard converge. The IPCC's AR6 WGII assessment documents increasing risks in coastal systems, affecting settlements, infrastructure and livelihoods, with particular relevance in delta contexts due to the combination of exposure and vulnerability.⁷² In such settings, the problem exceeds the

loss of an individual dwelling and approaches processes of retreat, transformation or reassignment of habitable territory, with implications for community continuity and governance.⁷³

From the philosophical standpoint of dwelling, these dynamics pose a first-order question: how can identity, memory and rootedness be sustained when territorial permanence becomes uncertain due to repeated damage, thermal uninhabitability or the gradual loss of the very physical substrate of settlement? The classical phenomenology of the house as a place of refuge, continuity and sedimentation of everyday life is confronted here with scenarios in which spatial stability can no longer be presupposed. The issue is not only how to rebuild dwellings after a singular event, but how to conceive

regimes of habitability and planning (in-situ adaptation, resilient reconstruction, relocation, managed retreat) under conditions of persistent environmental transformation.⁷⁴

This climate-driven displacement is not only a phenomenon to be quantified in terms of destroyed homes or displaced persons. At this point, Simone Weil's reflection on rootedness (*L'Enracinement*) becomes particularly pertinent. Weil defines rootedness as a fundamental human need: inscription in an environment, a history and a community that confer continuity and meaning on existence, uprooting, by contrast, names processes that fracture these bonds (rupture of traditions, disintegration of community frameworks, loss of historical continuity).⁷⁵ Transposed to climate-related displacement, this perspective makes it possible to understand that the loss of dwelling cannot be reduced to a problem of material relocation. It often entails the interruption of practices, local economies, symbolic repertoires and place-based memories, and connects with debates on non-economic losses and damages (culture, heritage, territorial identity).⁷⁶

Consequently, displacement driven by disasters and climate change can be conceptualised as a contemporary form of uprooting in which the stability of dwelling is eroded not only by political-economic decisions or direct violence, but also by anthropogenic transformations of the biophysical conditions of territory. In areas repeatedly flooded or exposed to slow degradation, dwelling loses its capacity to guarantee existential and temporal continuity. The question, therefore, is not only how to restore the materiality of housing, but how to secure institutional, cultural and spatial conditions for reconstructing a common world: networks, recognition, ways of life and forms of belonging that can be sustained under environmental uncertainty.⁷⁷

Beyond infrastructure, what is at stake is the possibility of living with roots in contexts of environmental instability. From the philosophy of dwelling, the challenge is to imagine policies and practices that do not limit themselves to managing mobilities and temporary shelter, but acknowledge the individual and collective need to reconstruct shared life frameworks. This requires articulating climate adaptation, spatial justice and reparative measures that address both material loss and the socio-symbolic effects of displacement wherever climate threatens to erase, totally or partially, the places that once made rootedness possible.⁷⁸

Loss of World.

The survey of the different forms of loss of dwelling –exile, war, eviction and natural disasters– reveals a transversal constant: in every case, dispossession of inhabited space produces an ontological, symbolic and political collapse, a mutilation of being.⁷⁹ The expulsion from home does not end with the loss of physical shelter; it entails the disappearance of the web of meanings that made shared

existence possible. In this sense, it is a wound to being rather than a merely patrimonial harm.⁸⁰

Dwelling can thus be understood as the fabric of continuity between self and world. Upon it rest the rhythms of everyday life, expectations of the future and the inscription of memory in concrete places. Its destruction or loss generates an ontological dislocation –a fracture in being-in-the-world –and a narrative discontinuity– a rupture of personal and collective identity. Both dimensions converge in a specific form of violence: loss of world, in the Arendtian sense.⁸¹

Hannah Arendt defines the world as the interstitial space that mediates between human beings, the web of relations, institutions and objects that make coexistence and action possible. Loss of dwelling, in any of its forms, is equivalent to the loss of that common world. Exiles, the displaced and the evicted do not only lose a habitable space: they lose the context in which they could act, remember and be recognised; they lose the “right to have rights”.⁸²

This superfluity does not refer merely to social marginality, but to expulsion from the sphere of political visibility. Housing thus appears not only as a social right, but as a condition of possibility for citizenship.⁸³ Its loss places the subject outside the field of legal and symbolic recognition.⁸⁴

Gaston Bachelard has shown that dwelling structures memory, functioning as the material archive of existence: each room, each object, serves as an anchor for memories, affects and projects.⁸⁵ When the house is destroyed or abandoned, memory scatters and identify fragments. From a phenomenological perspective, one could speak of a temporal discontinuity of being: dwelling confers stability and repetition, whereas its loss introduces contingency and exposure.⁸⁶ In the literature of exile –from Ovid to Kundera– this experience reappears as the impossibility of inhabiting time for lack of a place in which it can settle.⁸⁷

The trauma of losing one's dwelling is not erased by simple spatial relocation. Studies in environmental psychology and urban sociology show that breaking the bond with the everyday environment generates disorientation, anxiety and feelings of depersonalisation.⁸⁸ Mindy Thompson



FIG 04. Louis-Léopold Boilly, Les déménagemens (Paris: Bové; Noël, Francisque et Cie, 1826), digitalizado por Leiden University Libraries (item: 1624815), vía Wikimedia Commons, consultado el 2 de enero de 2016. / Louis-Léopold Boilly, Les déménagemens (Paris: Bové; Noël, Francisque et Cie, 1826), digitised by Leiden University Libraries (item: 1624815), via Wikimedia Commons, accessed 2 January 2016.

71. Jeffrey A. Groen and Anne E. Polivka, “Going Home after Hurricane Katrina,” *Demography* 47, no. 4 (2010): 821–44; John R. Logan, “The Impact of Katrina,” working paper (Brown University, 2006).

72. IPCC, *Climate Change 2022: Impacts, Adaptation and Vulnerability (AR6 WGII)* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), chapters on coastal systems and cities.

73. IPCC, *AR6 WGII*, synthesis of risks in coastal areas/deltas.

74. IPCC, *AR6 WGII* (adaptation, managed retreat, etc.).

75. Weil, *L'Enracinement*.

76. UNFCCC, technical materials on non-economic losses and damage (cultural, identity-related losses, etc.).

77. UNHCR, *No Escape: On the Frontlines of Climate Change, Conflict and Forced Displacement* (Geneva: UNHCR, 2024).

78. IPCC, *AR6 WGII*; UNFCCC, losses and damages.

79. Heidegger, *Being and Time*; Arendt, *The Human Condition*.

80. Bachelard, *Poetics of Space*.

81. Arendt, *The Human Condition*.

82. Arendt, *Origins of Totalitarianism*.

83. Arendt, *The Human Condition*.

84. Butler, *Frames of War*.

85. Bachelard, *Poetics of Space*.

86. Ricoeur, *Time and Narrative*, vol. 1.

87. Ovid, *Tristia*, trans. Peter Green (Berkeley: University of California Press, 2005);

Milan Kundera, *Ignorance*, trans. Linda Asher (New York: HarperCollins, 2002).

88. Setha M. Low, “Place Attachment,” in *Place Attachment*, ed. Irwin Altman and Setha M. Low (New York: Plenum, 1992), 165–84.

Fullilove's notion of 'root shock' describes precisely the psychosocial impact of the destruction of neighbourhoods and communities: the loss of the "emotional ecosystem" in which daily life was embedded leads individuals to perceive their existence as unfinished, suspended in a space that no longer belongs to them.⁸⁹ Relocation without world-reconstruction does not restore dwelling, it prolongs the experience of uprooting.⁹⁰

The Political Dispossession of Dwelling.

Henri Lefebvre conceptualises space as a social product, generated by practices, representations and appropriations; it is not a neutral container but the outcome of power relations and historical processes.⁹¹ When this space is privatised or militarised –through policies of exclusion, gentrification or territorial control– the collective capacity to produce and inhabit the world is undermined. Loss of dwelling can then be read as a form of political dispossession: the subject ceases to be a producer of space and becomes a merely revocable occupant of a support managed by others.⁹²

In this framework, housing ceases to be a field of praxis and comes to appear as a passive object of management or consumption. The case of mass evictions illustrates this dispossession with particular clarity: the juridical language of mortgage or rental contracts displaces the existential bond with space in favour of an abstract relation of debt.⁹³ The inhabitant no longer appears as a rooted political subject and is reduced to the figure of the delinquent debtor, liable to be expelled in the name of the legal security of the market.⁹⁴

This political dimension of dwelling has been highlighted by Judith Butler, for whom precarity is not a natural fact but the result of political decisions that differentially distribute conditions of life.⁹⁵ In *Precarious Life and Frames of War*, Butler insists that there is no life without conditions of life and that such conditions are socially produced and unequally guaranteed.⁹⁶ Applied to housing, this means that habitability is not neutral: it is a practice of recognition through which some lives are sustained –by securing housing, infrastructure and legal frameworks– while others are deemed expendable and exposed to the elements to displacement or to expulsion.⁹⁷

In the face of these forms of dispossession, dwelling can be conceived as an ontological praxis of resistance. Heidegger already suggested that to dwell (*Wohnen*) is to care for and to guard a place, not merely to reside in it.⁹⁸ Reinterpreted in a contemporary key, this idea allows dwelling critically to be understood as active participation in the production and preservation of the shared world. The subject does not simply use a space, but co-constitutes it through practices of care, appropriation and memory.⁹⁹

In architectural and urban practice, this perspective translates into the need to restore housing to its condition as a common good and as a right irreducible to mere market exchange.¹⁰⁰ Experiences of community self-building, cooperatives and participatory rehabilitation –such as La Borda in Barcelona, Spain, or the collective projects of *Wohnprojekte Wien* in Austria– exemplify forms of resistance to the commodification of space, re-orienting housing production toward use and rootedness rather than speculation.¹⁰¹ In these initiatives, dwelling becomes explicitly a political act: a way of re-weaving the relationship between subject, community and territory.¹⁰²

This reinterpretation of dwelling as resistance neither romanticises precarity nor idealises the margins. Rather, it recognises that, in everyday practices of caring for space, defending the neighbourhood or collectively constructing housing, a fundamental dispute is at stake over which lives deserve to be sustained and which worlds are considered worthy of endurance.¹⁰³ Confronted with the structural uprooting produced by war, the market and ecological crisis, critical dwelling can be understood as an attempt to re-weave the warp between being and world, restoring to the home its status as an ontological and political matrix of life in common.¹⁰⁴

Concluding.

The Shattering of Dwelling as Ontological Violence.

The reflection unfolded throughout these essays leads to a central thesis: the loss of dwelling should not be understood only as a social, economic or technical phenomenon, but as a specific form of ontological violence. This category –which constitutes the main contribution of this work– seeks to name a modality of harm that falls not only upon bodies or material goods, but on top of the very possibility of existing as a dwelling being. In the phenomenological tradition, dwelling is recognised as the founding condition of being-in-the-world; any interruption of the bond between subject, space and world therefore affects the very root of human experience.

89. Mindy Thompson Fullilove, *Root Shock: How Tearing Up City Neighborhoods Hurts America* (New York: One World/Ballantine, 2004).

90. Fullilove, *Root Shock*.

91. Lefebvre, *Production of Space*.

92. Lefebvre, "Right to the City."

93. CGPJ, series estadísticas; Aalbers, *Financialization of Housing*.

94. Aalbers, *Financialization of Housing*.

95. Butler, *Precarious Life*.

96. Butler, *Frames of War*.

97. Butler, *Frames of War*.

98. Heidegger, "Building Dwelling Thinking."

99. Lefebvre, *Production of Space* (praxis espacial); Bachelard, *Poetics of Space* (memory/domestic archive).

100. Lefebvre, "Right to the City."

101. Lacol, *La Borda: Cooperative Housing in Barcelona* (Barcelona: Lacol / project publication, 2018); Stadt Wien, public documentation sobre Baugruppen/Wohnprojekte y politics of collaborative housing (Viena).

102. Lacol, *La Borda*; Lefebvre, "Right to the City."

103. Butler, *Frames of War*; Fullilove, *Root Shock*.

104. Heidegger, "Building Dwelling Thinking"; Arendt, *The Human Condition*.

Uprooting.

In its multiple forms –exile, displacement, eviction, disasters or urban dispossession– uprooting constitutes a manifestation of this violence. It is not a punctual event, but a prolonged condition of ontological suspension. Those who lose their dwelling are caught in a time without duration, a waiting that does not resolve. From a phenomenological perspective, this suspended time is not a mere external consequence: it is the temporality proper to a fractured mode of existence. Here the temporality of uprooting reveals a world in which acceleration produces not vital movement but disorientation. Life in transit becomes the norm, and the subject is deprived of the symbolic continuity that makes identity and meaning possible.

Ontological Violence and Dwelling as Existential Infrastructure.

The term ontological violence reinforces this reading: in destroying dwelling, what is destroyed is not only an architectural object, but the existential infrastructure that sustains identity, memory and community. Wherever housing is turned into a commodity or a temporary residue, the bond between the human and the habitable deteriorates to the point of world-loss. This notion of violence does not reduce to physical or psychological damage, it names a more radical aggression, aimed at the very condition of possibility of dwelling.

In this sense, the loss of the house is equivalent to a dislocation of being, a tearing of the fabric that ties the individual to their vital environment. It is no accident, that the word "morada" (dwelling) in Spanish echoes "morir" (dying) and "memoria" (memory): both suggest permanence and trace, what founds continuity. When this warp, this weave, is cut, the inhabitant is left not only without a roof but without a horizon. The dispossessed of the lived place is expelled from the sphere of recognition not only in legal or social terms, but also in existential terms: they lose their place in the world and, with it the very right to have rights.

This critical understanding allows contemporary housing to be reread beyond functional or legal categories. Evictions, housing precarity, land speculation and forced displacement are not urban contingencies; they are political symptoms of a global structure that manages habitability as a privilege rather than a right. In this context, architecture, understood as the discipline of dwelling, cannot remain neutral: it participates both in the production and in the negation of the lived world.

Warp as Theoretical Framework and Horizon of Reconstitution.

The notion of 'warp' synthesises the second major proposal

of this work: if dwelling is a warp, its loss is equivalent to the tearing of the fabric that binds matter, meaning and community. Warp, taken here as a structural metaphor, refers to the multiple –ontological, ethical and political– weave that makes existence as situated experience possible. Dwelling is neither an individual practice nor a mere occupation of space; it is the always fragile outcome of a constantly woven relation between bodies, places and memories.

In the face of the ontological violence that undoes this weave, the task of thought and architectural praxis is to re-weave the warp of dwelling. This implies replacing instrumental logic –centred on efficiency and profitability– with a communicative and ethical rationality oriented toward recognition and care. Following a critique of instrumental reason and a call for mutual understanding, what is proposed is an architecture that reconstructs meaning before form, community before product.

The concept of warp also makes it possible to articulate the three constitutive dimensions of contemporary dwelling:

(i) Ontological dimension: built space is not a container but a condition of possibility for existence. Architecture is recognised as a mediation between being and world.

(ii) Ethical dimension: to design and to plan is to assume care as a guiding principle, acknowledging shared vulnerability and the need for welcome that defines the human.

(iii) Political dimension: dwelling must be understood as a practice of collective emancipation and spatial justice, in which housing is claimed as a common good inseparable from the right to the city.

These three dimensions are not separate domains; they form the new warp that must be recomposed after the breakdown of contemporary dwelling. Restoring meaning to architecture requires re-establishing the conditions under which space can once again serve as mediation between self and collective.

Architecture as praxis of repair.

Assuming this perspective entails reconceptualising the role of architecture and urbanism. Rather than limiting themselves to providing material infrastructures, they must be conceived as practices of repair. To repair here means not only to rebuild what has been destroyed, but also to restore the symbolic and communal conditions of dwelling. This requires integrating into architectural practice categories such as memory, mourning, belonging and rootedness, categories traditionally excluded from technical discourse.

FIG 05. James Kerwin Photographic, Sand Filled (Al Madam, EAU) (pueblo fantasma en Al Madam, Emiratos Árabes Unidos), fotografía, 25 de noviembre de 2019, vía Wikimedia Commons, consultado el 2 de enero de 2026. /James Kerwin Photographic, Sand Filled (Al Madam, UAE) (ghost town in Al Madam, United Arab Emirates), photograph, 25 November 2019, via Wikimedia Commons, accessed 2 January 2026.



Various contemporary experiences point in this direction. Post-war reconstruction processes in cities such as Sarajevo or Aleppo show that the recovery of the urban fabric only gains meaning when it is linked to collective memory and citizen participation. In the field of climate crisis, projects of territorial resilience illustrate how architecture can become a mediator between the fragility of ecosystems and human survival.

These examples share a fundamental premise: dwelling is a practice of world-reconstitution. Against the logic of expulsion and segregation, they promote a model of space in which the common once again becomes the point of departure and in which architectural project is understood as a political act of repairing ontological harm.

The Urgency of an Ethics of Rootedness.

The phenomenological and critical reading of uprooting proposed here leads to an ethics of rootedness and interdependence. Faced with constant mobility and the global precarisation of living space, rootedness must not be confused with immobility, but with the possibility of establishing meaningful bonds with the world and with others. To take root is to dwell in the full sense: to remain without possessing, to care without appropriating.

From this perspective, housing ceases to be an individual object and becomes a threshold of community, the point where the intimate and the public, personal memory

and collective history intersect. The destruction of this threshold entails a double loss: that of existential refuge and that of the space of citizenship. Thus, the defence of the right to housing goes beyond economic or legal questions and becomes a defence of the very possibility of human dwelling.

Epilogue.

The proposal advanced in this work can be summarised in a twofold claim:

- (i) The Loss of dwelling constitutes a form of ontological violence, since it strikes at the very condition of possibility of being an inhabitant and dismantles the continuity between identity, memory and community.
- (ii) The warp of dwelling is posited as a reparative horizon; a conceptual framework that weaves together the ontological, ethical and political dimensions of inhabiting, orienting architectural practice toward the reconstitution of the fabric torn by dispossession and uprooting.

To re-weave the warp of dwelling ultimately means to restore the possibility of world. This is the fundamental challenge of contemporary architecture: not merely to construct spaces, but to reconstruct the conditions under which existence can once again take root.

Bibliografía / Bibliography

Arendt, Hannah. *The Human Condition*. Chicago: University of Chicago Press, 1958. Ed. cast.: *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 1993.

Altman, Irwin, and Carol M. Werner, eds. *Home Environments*. New York: Plenum Press, 1985.

Bachelard, Gaston. *La poétique de l'espace*. Paris: Presses Universitaires de France, 1957. Ed. cast.: *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.

Butler, Judith. *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. London: Verso, 2004. Ed. cast.: *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

———. *Frames of War: When Is Life Grievable?* London: Verso, 2009. Ed. cast.: *Marcos de guerra: Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós, 2010.

Byung-Chul Han. *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Herder, 2015.

Derrida, Jacques. *De l'hospitalité*. Paris: Calmann Lévy, 1997. Ed. cast.: *De la hospitalidad*. Madrid: Trotta, 2000.

Fassin, Didier. *Humanitarian Reason: A Moral History of the Present*. Berkeley: University of California Press, 2012. Ed. cast.: *Razón humanitaria. Una historia moral del tiempo presente*. Madrid: Prometeo, 2016.

Fullilove, Mindy Thompson. "Psychiatric Implications of Displacement: Contributions from the Psychology of Place." *American Journal of Psychiatry* 153, no. 12 (1996): 1516–1523.

Habermas, Jürgen. *Theorie des kommunikativen Handelns*. 2 vols. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1981. Ed. cast.: *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus, 1987.

Harvey, David. "The Right to the City." *New Left Review* 53 (2008): 23–40.

Heidegger, Martin. "Bauen, Wohnen, Denken." In *Vorträge und Aufsätze*, 141–162. Pfullingen: Neske, 1951. Ed. cast.: "Construir, habitar, pensar", en *Conferencias y artículos*. Barcelona: Serbal, 1994.

Horkheimer, Max. "Traditionelle und kritische Theorie." *Zeitschrift für Sozialforschung* 6, no. 2 (1937): 245–294. Ed. cast.: "Teoría tradicional y teoría crítica", en *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC). *Global Report on Internal Displacement 2023*. Geneva: IDMC, 2023.

Lefebvre, Henri. *Le droit à la ville*. Paris: Anthropos, 1968. Ed. cast.: *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península, 1978.

———. *La production de l'espace*. Paris: Anthropos, 1974. Ed. cast.: *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing, 2013.

Levinas, Emmanuel. *Totalité et Infini*. The Hague: Martinus Nijhoff, 1961. Ed. cast.: *Totalidad e infinito*. Salamanca: Sígueme, 1977.

Norberg-Schulz, Christian. *Existence, Space and Architecture*. London: Studio Vista, 1971. Ed. cast.: *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona: Blume, 1975.

Pallasmaa, Juhani. *The Eyes of the Skin: Architecture and the Senses*. Chichester: Wiley, 2005. Ed. cast.: *Los ojos de la piel: La arquitectura y los sentidos*. Barcelona: Gustavo Gili, 2012.

Piketty, Thomas. *Capital et idéologie*. Paris: Seuil, 2019. Ed. cast.: *Capital e ideología*. Barcelona: Deusto, 2020.

Said, Edward W. *Reflections on Exile and Other Essays*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000. Ed. cast.: *Reflexiones sobre el exilio*. Barcelona: Debate, 2005.

Tuan, Yi Fu. *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977. Ed. cast.: *Espacio y lugar: La perspectiva de la experiencia*. Barcelona: Melusina, 2007.

UN Habitat. *World Cities Report 2020: The Value of Sustainable Urbanization*. Nairobi: United Nations Human Settlements Programme, 2020.

Weil, Simone. *L'enracinement*. Paris: Gallimard, 1949. Ed. cast.: *Echar raíces*. Madrid: Trotta, 1996.